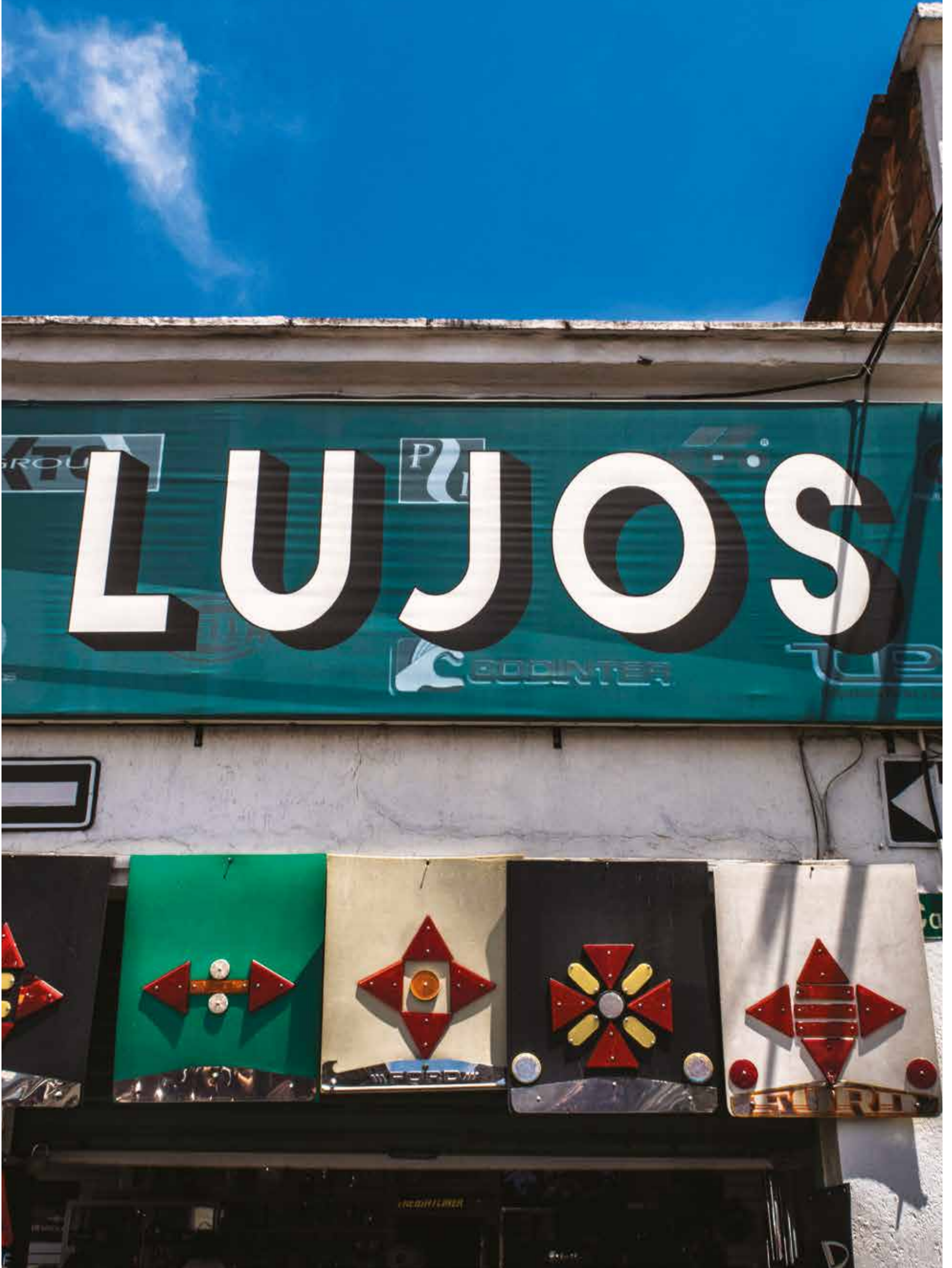


Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 108 - Julio de 2019 - Distribución gratuita | www.universo centro.com



Guardar la postura

Hasta 1980 el Código Penal colombiano establecía una pena de seis meses a dos años a quienes consumaran el “acceso carnal homosexual”. El delito estaba en el capítulo que trataba de los “abusos deshonestos”. Se dice que las condenas nunca llegaron: la estrechez de la censura pública, la certeza del infierno y la amplitud de los sitios de tolerancia fueron suficientes para que los “presuntos” y los jueces no se encontraran. Luego llegó la psiquiatría a tratar los “enfermos desviados”. Los curas no habían dado la talla.

Dos años después se caminó en Bogotá la primera marcha por el orgullo gay. Saltamos por la ventana fue la consigna de la mujer y los treinta hombres que marcharon. Salir del clóset no era suficiente. La policía envió tres hombres por manifestante, eran necesarios gases y escudos para proteger a los “raros”. Los policías fueron mayoría en la primera marcha gay en Colombia. Al final dos travestis le entregaron ramos al jefe del operativo, uno en agradecimiento por su apoyo y otro como homenaje a los policías homosexuales que solo podían ver la marcha.

Hace veinticinco años un fallo de la Corte Constitucional defendió los derechos de un joven militar que fue expulsado del ejército por su evidente condición homosexual. Problemas entre dos banderas.


La marcha del orgullo gay el pasado 30 de junio en Medellín, y en muchas ciudades de Colombia, demostró que se han ganado derechos y calle, que marchan personas de todas las condiciones sexuales, que las famosas familias que esgrimen los moralistas de todo número y género, para todo derecho que les incomoda, marchan juntas sin pudores ni estridencias. La supuesta protección a los niños empuja muchas veces a las más feroces discriminaciones.

Hace solo veinte años la Corte Constitucional defendió los derechos de dos jóvenes homosexuales expulsados de un colegio de Ginebra, Valle, por su inclinación sexual.

Un texto del poeta Benhur León Zuleta Ruiz, uno de los organizadores de la marcha gay de 1982 en Bogotá, es elocuente cuando reclama la necesidad de “saltar por la ventana” sin la autorización de los prejuicios: “De niños creíamos que la calle era un espacio encantado por el temor, el riesgo y la prohibición. Solo los varones adultos podrían acaso disfrutarlo sin desmerecer en su integridad. Bien cierto era que los niños (de entonces) pertenecíamos al mundo vecinal femenino y materno en una conveniente cercanía de los universos domésticos no públicos. Un ritual de la iniciación moderna a la adolescencia es el acceso a ‘el público’, el ingreso a la calle en la asunción de un lenguaje plural (corporal, gestual, visual, oral, auditivo, orgánico) que son las costumbres y los actos del Hombre Adulto”.

Hace casi cuarenta años Gustavo Jaramillo, la Chola, daba sus declaraciones al periódico *Sucesos Sensacionales* luego del asesinato de un amigo en su “casa de diversión” en Lovaina: “El defecto que me atribuyen no lo considero un defecto. Es como si les dijera a ustedes que tienen un defecto de ser hombres, o a las mujeres les dijera que lo tienen por ser mujeres. Así nací y así soy, ¿quién puede culparme?”.

Voltear la vista hacia quienes persisten en la discriminación, a los gestos sórdidos del puñal es también un retroceso. Del ahogado ni el sombrero. La idea que tal vez pueda resultar útil la dijo hace unos días en una entrevista en *La Silla Vacía* Juan Fernando Serrano, profesor de ciencias sociales de la Universidad de los Andes: “La importancia de salir a la calle tiene que ver con una historia de persecución policial, de tener que esconder la diversidad sexual o de género o limitarla a la noche, pero nos podemos quedar en una parte de la movilización social y no dar cuenta de otras historias más complejas... Ahora el movimiento LGBT debe enfocarse más en políticas de solidaridad y menos en políticas de identidad o de orgullo que se basan en ‘el derecho a ser yo y a ser diferente’”.

Siempre serán más importantes los fallos de las Cortes que los cortes de navaja. 



Marcha del orgullo gay. Juan Fernando Ospina. Medellín, junio 30 de 2019.

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

– Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

– Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

– David Eufrasio Guzmán

COMITÉ EDITORIAL

– Fernando Mora Meléndez
– Andrés Delgado
– María Isabel Naranjo
– Andrea Aldana

– Juan Fernando Ramírez
– Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

– Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

– Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

– Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

– La Pájara, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 108 - Julio 2019

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM



Toque de queda

por JUAN GUILLERMO VALDERRAMA SANTAMARÍA

Ilustración: Verónica Velásquez



Llegó la orden desde arriba. Se tiran volantes por puertas y ventanas. Pasadas las 7 de la noche, nadie sale ni entra al barrio.

Nadie es nadie: militares, policías o civiles. Más tarde de las 7 no se puede oficiar misa. Ahora la misa de 7 es a las seis en punto, para dar tiempo a los fieles de llegar a enclaustrarse.

Al que pillen viendo el Noticiero de las 7 se hace acreedor a destierro o a paliza.

Hay que apagar bombillas, radios y televisores los 7 días de la semana.

Los gatos ya no cuentan con 7 vidas, los perros deben ladrar de día y los gallos no cantan de madrugada.

A las 7 se escucha un bajar de rejas y un trancar de puertas en tiendas, casas y heladerías.

Si dan las 7 fuera del barrio, es mejor quedarse dormido por fuera.

Las visitas de novios terminan a las 7; no hay tiempo para otro besito ni otra despedida.

Hasta doña Raquel, la anciana que pide limosna, detrás de las 7 es obligada a desaparecer.

No se aceptan excusas escolares, laborales, médicas ni de otro tipo. Dicen que 6+1 son 7. Y punto.

Las 7 son las 7, y para recordarlas no tañen 7 veces las campanas de la iglesia, no.

Explotan 7 voladores por los aires. Con el último, todos deben estar bajo llave.

Si resulta un muerto natural, o asesinado, se deben esperar las otras 7 para ser levantado. Con los enfermos sucede igual.

Los picaos terminan a las 7, no a los 7 goles; a las 7 en punto, hora de los voladores.

A las 7 comienzan los patrullajes de unas bolitas verdes, del Departamento de Orden Ciudadano. Manejadas durante el día por policías de civil; en la noche, después de las 7, por *Los Muchachos* con brazaletes del DOC.

Detrás, las motos de los agentes del CAI maniobradas por expertos pilotos y parrilleros, aún sin cédula, que, de changón en mano, hacen piques y piruetas invitando a los rezagados a apurar el paso, para que de pronto no vayan a tener ningún accidente, después de las 7.

Cuando las bombillas del alumbrado público se apagan, se dan por terminadas las 7 y retorna al barrio la vida cotidiana.

Desaparecen las bolitas verdes y los brazaletes vuelven a sus antiguos dueños.

Se escucha abrir candados y subir rejas. Fusiles y pillos dormitan en sus bacanales y los “ciudadanos de bien” retoman la calma por 12 horas.

Los gatos maullan, los gallos cantan y los perros se orinan antes de llegar a los postes.


Taxis, busetas, colectivos y vendedores ambulantes comienzan su recorrido mañanero.

Las mamás rezan, los papás maldicen y yo maldigo con ellos, porque me han robado otra noche.

Algunos se reúnen para escuchar en un gangoso radio “Cómo amaneció Medellín”.

Apuestan un tinto o una cerveza a que acierte los muertos de la morgue en esa noche: ¿28? ¿30? ¿32?

Las apuestas cesan cuando Diego Vargas Escobar, el locutor, no amanece en Medellín, porque fue asesinado.

Tiempo después, si en el barrio explota un volador, sin importar la hora, sus gentes miran a los cielos con temor, y exclaman: ¡son las 7! 

Ayer como hoy. Golpizas y muerte en el Chocó. Una historia de 1916 rastreada y restaurada en los expedientes judiciales del Archivo Histórico de la Universidad Nacional-sede Medellín.

A BOCANADAS DE SANGRE



por LUISA FERNANDA OROZCO

Ilustración: Elizabeth Builes

¿Qué cae siete, día de todos los santos, de las mesas impolutas, peladas para rezar el rosario?
 ¿A dónde irá a parar mi nombre, tallado en plafón, níquel y bahareque ahuecado?
 ¿Qué sucede si al domingo, día de todos los santos, se le suprime la "o" y añade la "a"?
 ¿Quién soy yo por llevar semejante nombre? ¿El día de los paganos, despojada de mesas, rosarios?
 ¿Acaso ante mí no se extienden los mismos ornamentos por resistirme a la naturaleza del falo?
 ¿Debo prestar el rostro para que aquellos nombres redondos borren al mío tras las palmas abiertas contra la piel de mis mejillas?
 ¿Continuaría entonces siendo el domingo, de entre todos los días, sagrado?

Encerrada en su casa bajo el sopor de una fiebre que la había postrado en cama, tres veces fueron las que Dominga Valencia emanó sangre por nariz y boca para luego exhalar el que fue su último aliento. Sus vecinos de Tribugá, pequeña población encerrada en el golfo de mismo nombre del departamento del Chocó, nunca más volvieron a verla. Envuelta en sudorosas sábanas Dominga falleció durante una noche de 1916, ocho días después de una golpiza que le dio Polidoro Hernández, su esposo en aquel momento. Su edad, color de pelo, estatura, o tamaño de sonrisa no fueron recopilados en el expediente que consignaba el hecho de su muerte. Así, Dominga se conjugó como un nombre perpetuo dentro de un archivo, despojada de las líneas del cuerpo y las facciones del rostro ante momentos de frustración, alegría o desencanto.

Familiares y amigos, como Juan Evangelista y Filomena Brandt, costearon el entierro y rezaron por la difunta durante los días que manda la novena católica, mientras Polidoro Hernández, a pesar de declararse creyente también, se desentendió por completo de cualquier obligación y desaparición como si detrás tuviese a un espanto. A Polidoro se le conocía por sus ojos claros, tez morena, bigote poco poblado y facciones alongadas con una ligera sutura alzada por encima de la nariz. El metro con sesenta centímetros de altura en los que su espina dorsal se empinaba soportaban una fornida musculatura que, además de los grabados verdes que tenía en ambos brazos, daba pistas de un posible servicio en la marina. Sin embargo, a la hora de declarar su oficio, Polidoro respondía "agricultor" en vez de "agricultor".

Aquella era una causa perdida en el Chocó de ese entonces, que ni siquiera contaba con una carretera que le dividiera valles y montañas hasta llegar a Medellín. Era en esos mismos valles y montañas donde llovía y llovía hasta imposibilitar un desarrollo diferente al necesario para la simple subsistencia local. Eso llevó a que la máxima promesa económica se convirtiera en la extracción de oro y platino, y mientras arribaban a la región sistemas modernos para una excavación más eficiente, aquellos agricultores, de manos y pies tallados por precámbricas herramientas de arado, sudaban el día a día en una profesión que entregaba acaso el dinero necesario para llevar a sus hogares desayuno, almuerzo y comida. Entre ellos se encontraba Polidoro, y de Polidoro dependía Dominga quien, como costado de Adán, esperaba cuando caía la tarde con las palmas abiertas para que sobre ellas recayeran plátanos, tubérculos o granos con los cuales ingeniar comidas novedosas, en apariencia diferentes, a pesar de sus inamovibles ingredientes.

Llegaba Polidoro y, tras cerrarle las palmas a Dominga con la comida que él mismo había cosechado, se disponía a la laboriosa tarea de esperar la cena, dedicándole desde la sala unos cuantos madrazos a su esposa en caso de tardanza. Dominga se estremecía sobre sí y apuraba el paso, que ni tan paso era, pues sus manos y no sus pies se encargaban de la labor. Así, una vez engullido el contenido del plato, Polidoro se iba a dormir durante aquellas noches en que se sentía cávido, apacible. De lo contrario, Polidoro se dirigía hasta donde estaba Dominga, quien se encontraba sin comer todavía. Acto seguido Polidoro abría nuevamente las palmas de las manos de Dominga. "Acá solo mando yo", decía, o tal vez, gritaba, conforme se disponía a cerrarlas no ya con comida sino con un par de palmadas que de las manos subían al cuello, del cuello a los pómulos y de los pómulos a la coronilla. Dominga quedaba extendida en el suelo con la vista clavada en el techo de bahareque, o con la imaginación perdida entre vacilaciones incoherentes. "Qué te pasó", le preguntaba su amiga Filomena Brandt a la tarde siguiente. "No me preguntes", respondía Dominga, tajante y ruborizada entre los moretones que le trazaban una ruta imperfecta sobre el mapa del rostro. Pero para sus adentros, sí, bien para sus adentros pudo ser que Dominga de cuando en cuando se preguntara, "Dios mío, Dios mío, si me enviaste a la tierra para que sufriera este castigo, ¿por qué me nombraste tras tu día dorado? ¿Por qué designarme semejante maleficio? ¿Por qué la a y no la o?".

Y así transcurrió semana tras semana, año tras año, hasta llegar a una cantidad de tiempo que, por carencia de datos, permaneció incierta. Por ser Polidoro su primer y último esposo, puede intuirse que tal

panorama fue común, casi perpetuo, en la vida de Dominga. Polidoro a veces recibía visitas de conocidos y familiares como Juan Evangelista, su sobrino, pero ni siquiera eso hacía que adoptara mesura con las golpizas que le daba a su esposa. Así lo declaró su propio sobrino, pues en 1919, pasados tres años de la velación de Dominga, Juan Evangelista dijo que "Polidoro castigaba constante y muy fuertemente a su señora". Filomena Brandt también afirmó ante las autoridades que "muchas personas sabían que Polidoro había matado a su mujer con las palizas que a diario le daba (...)". Está en conciencia de los habitantes de Tribugá que Polidoro Hernández (le) dio muerte con sus constantes ultrajes". Pasados varios meses de ambas declaraciones, Juan Evangelista decidió hablar una vez más el 5 de julio del mismo año. "Dominga gozó de muy buena salud", dijo, "hasta el día en que mi tío Polidoro la castigó por haber ido al entierro de Paulino Abadía".

Aunque era bien sabido por la mayoría de los habitantes que Polidoro y Paulino eran juramentados enemigos, no se conocía la naturaleza exacta de su desencuentro. La única certeza era la asistencia de Dominga al sepelio de Paulino. Nada más, pues, tras el entierro de Dominga, las autoridades encargadas del caso no recopilaron información que pudiera esclarecer el conflicto que entre Polidoro y Paulino se cernía, como tampoco lograron tomar declaración de Polidoro durante el tiempo pertinente. Meses después de la muerte de Dominga, él terminó por mudarse a los alrededores de Togoromá, pueblo aledaño a Tribugá, dado que el señor juez superior de Quibdó decidió que no podía ser capturado porque las pruebas recopiladas en su contra no eran suficientes.

Luego de aquello, la justicia perdió el rastro de Polidoro. Y así, con el perdido entre espesuras choconas, los meses se escurrieron hasta 1924 cuando, por exigencia del alcalde, se redactó un nuevo cuestionario para que fuera resuelto en interrogatorio por Polidoro en función de esclarecer el caso y determinar, de una vez por todas, qué era lo que había ocurrido. Fue entonces cuando la justicia obligó a salir a Polidoro del ombligo del mundo en el que se había insertado: a la desembocadura del río Docordó, distante a unos 320 kilómetros del resto de la población, fue hasta donde las autoridades le hicieron llegar la citación luego de confirmar que efectivamente aquel era su paradero.

Días después, Polidoro se presentó en el despacho de la Alcaldía Municipal. La misma tez negra, conjugada de un tajo en el cuerpo, se veía un poco más arrugada, más marchita, conforme la columna vertebral ya no se erguía sobre sí con el mismo ímpetu, sino con una leve curvatura que daba cuenta de muchos años dedicados a la agricultura. El aire militar que antes se cernía sobre su cuerpo solo permanecía en forma de vestigio gracias a los tatuajes verdes en sus brazos y al compacto balancear de sus piernas. Así, paso tras paso, Polidoro tomó asiento en el despacho municipal donde lo habían convocado y, ante el interrogatorio, comenzó por confirmar su pasada relación con Dominga Valencia y el conocimiento que tenía sobre su muerte. ¿En cuanto al motivo? "Ella falleció por un dolor en el costado izquierdo tras haber nadado mucho tiempo en el río", respondió él.

"Diga Polidoro Hernández quién fue un hombre que en el mes de julio del año de mil novecientos diez y seis se encontraba en el punto de Tribugá, en compañía de quienes se encontraba, de qué se ocupaba y qué asuntos trató", le interrogó la oficialidad. "Yo me encontraba desempeñando

mis labores en la agricultura con mi hermano Carlos Hernández y otros hombres cuyos nombres no recuerdo", describió Polidoro.

Pero cuando se le preguntó por el motivo de su citación, si conocía a los responsables del asesinato o si podía señalar a quienes posiblemente habían sido cómplices del acto, Polidoro respondió, "señor, no sé", y cuando se agotaron las preguntas del cuestionario, las declaraciones dadas por Polidoro le fueron más que suficientes al alcalde, jimpolutas!, pues en ningún momento se pidió en interrogatorio al hermano de Polidoro para que confirmara su coartada, como tampoco se le preguntó por su disputa con Paulino Abadía. Por tanto, la relación que este pudiera sostener con Dominga y que hubiese sido posible motivo de la golpiza que produjo su muerte permaneció desconocida, en forma de cuchicheo y especulación.

Así, el interrogatorio culminó y nuevamente Polidoro se insertó en el ombligo de donde había salido. No fue sino semanas más tarde que Hugo V., abogado contratado por Polidoro, envió una carta al Municipio donde decía que "para completar el caso hubo la necesidad de ordenar una ampliación y con ella se pudo evidenciar el hecho de la muerte de la Valencia, pero los testigos no dan otra razón diferente sino el hecho de la muerte, por haberles conestado, y la inhumación del cadáver, lo mismo que porque asistieron al novenario. El transcurso del tiempo ha borrado casi, por decirlo así, de la memoria, los hechos", de manera que en octubre de 1924, gracias a lo dicho por la carta de Hugo V., se dio por cerrado y archivado al caso de Dominga.

¿Acaso Paulino y Dominga eran amantes, o se trataba de una simple amistad malinterpretada por los celos de Polidoro? Solo puede afirmarse aquello que se encuentra a plena vista en las declaraciones de Filomena Brandt y Juan Evangelista: Polidoro Hernández era un hombre controlado por sus impulsos machistas, quien mediante tundas constantes sometía a Dominga Valencia, por desgracia, su esposa.

Sí. De seguro Polidoro, luego de confirmar el cierre del proceso penal en su contra, se enclavó de nuevo en la desembocadura del Docordó para así terminar de vivir sus días dentro de esa especie de hipnotismo apacible que trae consigo el ambiente de los litorales. Tal vez esa quietud se vio por momentos turbada ante el repentino recuerdo de la que había sido su esposa, la mujer del nombre masculino convertido a femenino. Ella, por su parte, se quedó congelada en la mitad de un archivo, con las palmas por siempre cerradas gracias a la negligencia de una oficialidad que dilató el caso a la hora de ordenar la recopilación de las pruebas que aclararan culpas y condenaran en definitiva a Polidoro Hernández.

Sí. A bocanadas de sangre murió Dominga. Su cuerpo se veló en el sepelio, y del sepelio se fue al entierro. Su alma se dividió entre ataúd y archivo, pues tanto en tierra como en papel su nombre quedó escrito, intacto, sin que la justicia se levantara por él, pues Polidoro murió de viejo, reconcentrado sobre ese aire varonil que su cuerpo emanaba. Pero en los aires apacibles del litoral del Docordó puede que se le hubiera atravesado alguna que otra oración misericordiosa, acompañada de uno que otro salmo bíblico cuya promesa era la expiación de toda culpa, la liberación de todos los males, el perdón de todos los pecados y la llegada a la vida eterna. Así probablemente Polidoro sucumbió los siete de cada semana, sentado en una mesa donde acaso cabían tres o cuatro velones. De rosario en mano y amén evocado, solo hubo un nombre por el que su alma pidió. ©

Educar a una mujer

por LINA MARÍA PARRA OCHOA

Ilustración: Laura Ospina

Estábamos en sexto. La madre María Elena nos explicó que los papelitos rosados debíamos utilizarlos para envolver las toallas higiénicas sucias antes de botarlas a la basura. Así, nadie más vería la toalla ensangrentada. Los papelitos estaban en una caja de mimbre que la madre dejó afuera del baño. Dentro de cada salón del colegio había una puerta que se abría a una pequeña habitación, como de metro y medio por tres metros, a la que le decíamos clóset. Dentro había otra puerta que daba al baño en sí: un sanitario, un lavamanos, un espejo y una canasta de basura. La madre dejó la cajita de mimbre en un mesón de madera que había en el clóset, junto a la puerta del baño, donde usualmente hacíamos la siesta a escondidas de los profesores que tenían prohibido entrar al baño de mujeres. Solo había mujeres en el colegio.

Se supone que era un asunto privado, pero todas sabíamos, aun sin ver, cuando alguien, al entrar al clóset, abría la cajita de mimbre y sacaba un papelito rosado antes de entrar al baño. Éramos 32, y de tantas horas que pasábamos juntas cada día, nuestros cuerpos estaban sincronizados. Aun así, éramos implacables. A la salida del baño, la que hubiera utilizado un papelito rosado, se encontraba con 31 pares de ojos que la juzgaban.

Íbamos en orden, como una ola, y en un lapso de quince días a todas nos había llegado y se nos había ido el periodo. Pasaban dos semanas de quietud en las cuales la madre María Elena no tenía que suplirnos de nuevos papelitos rosados. Luego todo volvía a empezar. Primero nos vino a todas. Pero solo dos años después fue que las monjas, con evasivas, le dieron la autorización al profesor de biología para que nos hablara del aparato reproductor femenino. Nos explicó qué era la menstruación, por qué nos venía, cómo funcionaba, y por qué era probable que estuviéramos sincronizadas. Ya todas lo sabíamos.

A la mayoría nos vino la menstruación en sexto, teníamos doce años. Y como de eso no se hablaba fuimos infernales entre nosotras, por el miedo y el silencio. Nos juzgábamos, nos burlábamos, nos aislábamos. Tardamos más de un año en encontrar el valor para pedir una toalla higiénica en voz alta en la mitad del salón. Para ese entonces ya había muerto la madre María Elena. Esa conversación no hubiera podido suceder en su presencia. Luego se volvió un asunto comunitario. Treinta y dos niñas metidas en un salón de las siete de la mañana a las tres de la tarde. Ninguna monja podía evitar que habláramos entre nosotras.

Estábamos en séptimo. Éramos nueve pegadas a la puerta del baño. Carolina estaba adentro, sola. La imaginaba sentada en la taza del sanitario, sin calzones, con la caja de tampones en la mano. Todas le decíamos cosas desde nuestro lado de la puerta. Que en las instrucciones decía superclarito, que se lo pusiera pues, que eso era más cómodo que la toalla, que los tampones eran lo mejor del mundo, superbuenos, que tranquila, que nosotras estábamos afuera, que le íbamos diciendo.

Del baño nos llegaba el silencio de ella, la duda. No era capaz de intentar. Una tomó la vozera. Le dijo que para aprender era más fácil si se paraba y levantaba una pierna, apoyándola en el sanitario. Que cogiera el tampón con el pulgar y el dedo del medio, y que lo acomodara *allá*. Que luego, con el índice lo empujara para adentro, fácilito. No tuvimos respuesta. Sentí pena, la cosa se había vuelto un asunto de todo el salón, las cabezas se asomaban por la puerta del clóset, preguntando. Es que Carolina se está aprendiendo a poner el tampón, respondió una de nosotras, las amigas de ella, las que estábamos afuera de la puerta del baño gritando instrucciones. Dígame que se mueva, que tengo ganas de orinar, dijo una voz desde afuera, que venía del salón. No sé quién fue, pero sentí rabia. Le grité que si este colegio tenía algo eran baños de sobra. Que se largara. Carolina salió diez minutos después. Caminaba raro, y todas le dijimos que era normal, que las primeras veces era incómodo.

Se murió la madre viejita. Alguien de otro curso asomó la cabeza por la puerta del salón, dijo eso y desapareció. Todas nos levantamos, la clase olvidada, y salimos al pasillo como si la monja hubiera caído muerta justo afuera. Del resto de los salones salían niñas, los profesores no podían contenerlas. Entre el gentío pude ver a Verónica, era de once, y era una leyenda.

Verónica era la primera chica del colegio que se había puesto las tetas de silicona, porque era modelo. Las monjas querían sacarla porque pensaban que era un mal ejemplo, era una pérdida, decían. Nosotras la amábamos. Verónica con sus tetas enormes, revolucionarias, había demandado a las monjas que no se la pudieran quitar de encima. Luego, como para molestarlas más, se rapó la cabeza. Las fotos salieron en el periódico del domingo y yo, sin que mis papás se dieran cuenta, las recorté y las guardé en uno de mis cuadernos. Verónica, alta, con la cabeza rapada y los ojos verdes, aparecía en primera plana, en un desfile de una marca de ropa de la ciudad, tenía una camiseta blanca y alguien le había echado un balde de agua encima. Se le veían los pezones. Por semanas enteras no se habló de otra cosa en el colegio. Todas amábamos a Verónica, como se ama al elegido que nos viene a salvar de la opresión. Sus papás eran abogados, y por eso cuando las monjas intentaron sacarla del colegio por segunda vez, ellos atacaron. Verónica se graduó con el resto de su curso, calva y tetona. Se dio el lujo de no usar sostén el día del grado.

Entre la multitud de alumnas curiosas que salían de los salones, pude ver su cabeza redonda, rapada. Iba ella y detrás todas nosotras, hacia la casa grande. Una construcción blanca, de estilo republicano en la mitad del colegio. Antes de que las monjas compraran el terreno, todo era una finca en cuyo centro se alzaba una casa blanca, de dos pisos, que era el hogar de los patrones de la tierra. Luego la habitaron las monjas. Mientras caminábamos por los pasillos veíamos cómo otras chicas se nos unían, casi todo el bachillerato salió, dejando las clases tiradas. En nuestro salón, la madre María Elena se cansó de llamarnos al orden con su acento español empolvado. Terminó caminando detrás de nosotras. Rodeamos la casa, cientos de niñas desde los doce a los dieciocho años. A muchas no les importaba realmente que la madre viejita hubiera muerto. Lo que querían era perder clase, botar tiempo. Las monjas que

estaban afuera empezaron a abrirse paso entre la multitud de niñas, igual que Moisés entre las aguas del Mar Rojo. Llegaron a la puerta principal de la casa, entraron y cerraron sin dejarnos ver nada. El ambiente se fue apaciguando. Pude ver a Verónica con otras de once sentarse bajo un árbol. Nosotras, las de séptimo, nos sentamos contra una de las columnas de la casa, a esperar. El día quedó paralizado y una especie de anarquía sosegada se apoderó del colegio esa tarde. No había quién mandara, ni ganas con qué mandar. Las monjas se atrincheraron adentro de la casa, esperaban la llegada de la ambulancia.

Una de las empleadas de la casa se asomó por la ventana, dijo que la madre viejita no se había muerto aún, pero estaba agonizando. Por tercera vez en el año, pensé. La señora nos dijo que nos fuéramos, pero nadie se movió. Desde adentro de la casa no se oía nada, como siempre, parecía sola. Invariablemente estuvo cerrada para las alumnas, pero una tarde en que cayó una tormenta, yo entré. Fue la madre viejita la que me abrió la puerta. Me había quedado después de clases haciendo unas carteleras y, como empezó a llover, busqué escamparme debajo del balcón de la casa. La madre viejita me vio por una ventana.

Era una monja española que había llegado con las primeras misiones de su orden a Antioquia. Había enseñado en la selva, en la montaña, en el desierto. Desde hacía más de veinte años la demencia senil la empezó a rondar y la comunidad de religiosas la envió a nuestro colegio, a una casa más cómoda, con empleadas que pudieran cuidarla. Desde que yo estaba pequeña, en el colegio le decíamos "la madre viejita". Cuando aún podía caminar, se escapaba de la casa y de la mirada vigilante de las empleadas, y recorría los pasillos cantando canciones de su infancia en España; jugaba

con las colas que nos hacíamos en el pelo, dándole vueltas como si fueran la manivela de una caja de música; se robaba las tizas y escribía frases en los tableros, con letra pegada. Recuerdo que repetía mucho el lema del colegio: *Educar a una mujer es educar a una familia*. Lo escribía en la esquina inferior derecha del tablero y lo adornaba con flores de trazos temblorosos. Una vez, cuando yo tenía siete años, sacó de una caja de metal unas hostias pequeñas y redondas y nos llenó a varias los bolsillos del uniforme. Me comí las hostias con Coca-Cola en el descanso. Quizás, pensaría muchos años después, en su senilidad nos había dado hostias consagradas, tal vez hice la primera comunión un año antes de lo debido, sentada en una manga, pasando el cuerpo de Cristo con gaseosa.

El día de la tormenta un rayo cayó en una de las palmeras que se alzaban largas al frente de la casa grande, y de un tajo la partió, tumbándole todas las hojas. Fue entonces que la madre viejita me abrió la puerta. Pensé en esa tarde, mientras esperaba con mis amigas junto a la columna de la casa. Quería contarles la historia, pero no tenía mucho valor para hablar en esa época. Dentro de la casa, todos los muebles eran de madera oscura, quería decirles, y las habitaciones monacales y sencillas de las monjas quedaban en el segundo piso, y en la mitad del patio, junto a la cocina, crecía un curazao enorme de flores rosadas. Pero no dije nada.

Carolina se movía incomoda, alguien se rio y le dijo que se relajara. No recuerdo de qué hablábamos en esa época, tal vez ellas hablaran de los niños con los que salían a las minitecas, yo aún no conocía a ninguno. De lejos vi que las de once sacaban un termo y se lo pasaban. Una de mis amigas también las miraba, me dijo que seguro era vodka. Que ellas siempre hacían eso. El cielo empezó a llenarse de

nubes, y un viento como de antes de la lluvia nos mecía el pelo y los uniformes. Yo jugaba con un gancho de grapadora que tenía pegado del ruedo de la falda, cuando sentí una humedad entre las piernas. Entonces caí en cuenta. Se me había olvidado, hoy me tocaba a mí. Le pregunté al oído a Carolina que dónde tenía los tampones. En el bolsillo del lado de mi morral, me dijo.

Corrí hacia los salones de bachillerato, los pasillos estaban vacíos y el eco de mis pasos los inundaba. La puerta del salón de Séptimo B estaba abierta, todas nuestras cosas abandonadas, los pupitres y las sillas torcidos por la salida afanada de antes. Busqué el morral de Carolina y saqué un tampón envuelto en un plástico rosado, como el de los papelitos de la madre María Elena. Entré al baño sin reparar en la cajita de mimbre. Al bajarme los calzones noté una mancha fresca de sangre e intenté limpiarla con un poco de papel higiénico. Me puse el tampón, y tiré el papel ensangrentado en la canasta de la basura, con la intención de que se viera el rojo.

Por la ventana del salón podía ver a lo lejos la casa grande, y a todas las alumnas conmocionadas ante la llegada de la ambulancia. Pero no supe si esta vez la madre viejita saldría viva o muerta en la camilla. Sobre un pupitre vi un paquete de rosquitas que me metí al bolsillo, y salí del salón, sin molestarme en cerrar la puerta. Di dos pasos y luego me detuve. Al fondo del pasillo pude ver a Verónica, su cabeza rapada, sus ojos verdes cerrados, besando a otra chica, que con la mano le agarraba las tetas, con fuerza, por encima de la camisa del colegio. Sentí de nuevo una humedad en el calzon y me quedé ahí, mirando largo rato. ☺

*Este cuento hace parte del libro *Malas posturas* (2018), Fondo Editorial Eafit.



Bazar
de la
confianza

Celebremos alrededor
de nuestra palabra
más querida:
Confianza

Nos vemos este 21 de julio,
Jardín Botánico 9 a.m.

La diferencia está en confiar

confiar
coop

Tres problemas de amor y una conclusión desesperada

por JUAN CARLOS ORREGO

Ilustración: Puño

Vamos andando juntos por calles y por islas Pablo Neruda, *Odas elementales*

Nancy y yo, para celebrar un aniversario redondo, hicimos un viaje a Chile sin nuestros hijos adolescentes. Poco antes de partir, mi esposa discursó la coartada de llevar a casa un cachorro de dos meses; porque nuestras madres, aunque habían criticado lo que veían como una fuga irresponsable de la que debía tener parte el ICBF, eran, antes que nada, cinofóbicas hasta la médula, y por eso coincidieron en que nadie mejor que Laura y Juan Manuel —las víctimas del abandono— podía encargarse del animal durante los nueve días que íbamos a permanecer en tierra mapuche.

Aterrizamos en Santiago en la madrugada del sábado 15 de diciembre. Tras descansar, acordamos que al día siguiente visitaríamos el Cementerio General: Nancy quería echar un ojo sobre el tenebroso Patio 29, que es el lote de fosas anónimas en que Pinochet mandó esconder la mala conciencia de la dictadura, mientras que a mí me ganaba la ilusión de sobar el mármol funerario del más grande sabio de la América Hispánica, que fue como llamé a Andrés Bello para convencer a mi esposa de que era por ahí por donde debíamos comenzar la lúgubre excursión. Aceptó a regañadientes, e incluso pasó por alto mi comentario cínico de que el erudito caraqueño había sido el precursor de los muchos venezolanos desterrados que, sin solución de continuidad, habíamos visto desfilar desde los andenes del aeropuerto Merino Benítez hasta los manteles de los restaurantes céntricos. No todo es concordia entre una crítica profesora de ciencias sociales —una de esas que cierto partido político llama adoctrinadoras— y un frívolo cronista de periódico literario.

Una caminata que empezamos en el portón de la Plaza la Paz nos puso, muy pronto, ante la tumba del autor de la “Silva a la agricultura de la zona tórrida”. El túmulo propiamente dicho —algo así como una caja estilizada y con tejados— se alza sobre una escalinata, y sobre él se levanta, a su vez, una columna coronada por el busto del gramático. Del lado que veníamos nosotros estaba, precisamente, su lápida: “ANDRÉS BELLO / CARACAS 1781 / SANTIAGO DE CHILE 1865”. Ante la calculada sobriedad del monumento no pude evitar sentirme en un cementerio europeo; y esa sensación, que sin duda amargaba a mi esposa revolucionaria, vino a acrecentarse cuando, del otro lado, descubrimos el nombre inglés de la segunda esposa de Bello: “YSABEL DUNN DE BELLO / LONDRES 1804 / SANTIAGO DE CHILE 1873”. Un afán de equilibrio me obligó a



recitar alguna de las piezas americanistas del poeta, pero cuando aspiraba el aire necesario para soltar el quinto verso de la famosa silva —“acariciada de su luz, concibes”—, una mosca se coló en mi boca. Por instinto, escupí, y la masa espumosa fue a caer sobre la piel jaspeada del sagrado monumento. Nancy aprovechó mi desconcierto para dar media vuelta y tomar la delantera por el sendero que debía llevarla a la parte del composante en que descansaban los gramáticos de izquierda.

Más adelante descubrimos que un muro, tanto o más rotundo que la antigua muralla de Berlín, separaba la parte aristocrática del cementerio de la sección popular. De un lado se multiplican los mausoleos con sus estatuas —entre los muchos próceres incluso se alza una réplica de la Esfinge—, la piedra fina y la espesa fronda arbórea; del otro, muchas tumbas a ras de suelo, adornadas con coloridas veletas fabricadas en casa y barridas por el polvo amarillo que el viento arranca a la tierra pelada. Al fondo de esa mitad proletaria encontramos las cruces mudas y herrumbrosas del solar maldito. Un panel informativo nos advirtió de la brutalidad que concibió aquel sitio y de su paradójica trascendencia: “El patio 29 es un lugar emblemático de las violaciones a los derechos humanos ocurridas entre 1973 y 1990 pues es testimonio del procedimiento llevado a cabo para ocultar los cuerpos

y las identidades de los detenidos desaparecidos y ejecutados políticos durante el régimen militar”. De verdad, aquello se antojaba más genuinamente latinoamericano que los adjetivos neoclásicos con que Bello riega sus plantas de maíz.

El triunfo de Nancy vino a cuajar cuando, al otro lado de una gruesa calzada en mármol y con inscripciones —puesta a un lado del Patio 29 en homenaje a las víctimas—, fuimos a dar contra la tumba de Víctor Jara. Se trataba de una sepultura de muro como cualquier otra, rústica en su acabado y marcada a mano con caracteres esmerados, acomodada entre tapas con nombres anónimos. Habían pintado sus bordes de rojo socialista, y sobre el borde inferior se leía: “El derecho de vivir en paz...”. Papeles con pequeñas cartitas manuscritas habían sido pegados sobre las letras de ese mensaje irónico. Era como si ese cantor popular, ajusticiado en el Estadio Chile el 14 de septiembre de 1973, emitiera desde su tumba de pacotilla una voz más potente, por conmovedora y convocante, que la del sabio venezolano.

La segunda encrucijada de proyectos opuestos vino a presentarse tres días después, cuando fuimos a San José de Maipo —al sur de Santiago, rumbo a la frontera con Argentina— en busca de paisajes de ensueño. Sin embargo, quien nos habló del sitio no nos había dicho toda la verdad, y era que se trataba de un paseo de varios días:

el pueblito en cuestión, mustio y simplón, no era otra cosa que la primera estación de un largo camino que, con pocos buses, llevaba hacia una feria de salchichas alemanas, un embalse color turquesa y muchos picos nevados. Por supuesto, yo quise seguir hacia el lejano corazón de la montaña a pesar de que al otro día debíamos cumplir con otras tareas en Santiago; pero Nancy, irritada por lo que tuvo como un yerro nacido de mi improvisación, no quiso oír nada de esos planes y se empeñó en que sería más antropológico echar un vistazo al pueblo, que según ella debía mostrarlos un alma más auténticamente chilena que lo que nos depararían los escenarios —estudiadamente turísticos— de más arriba. No pude convencerla con mis argumentos literarios, de los que en todo caso reconozco su imperfección: ofuscado por el juicio que se me hacía, quise seducirla con las remotas imágenes de las *Alturas de Machu Picchu* de Neruda y —lo confieso con vergüenza— *Las nieves del Kilimanjaro* de Hemingway. Tuve que seguirla.

Después de un paseo soso por San José recalamos en el Café Dakini, una hamburguesería de provincia atendida por un joven afinado con cola de Guerrero araucano. Los únicos clientes, aparte de nosotros, eran una abuela y su nietecito de ocho años, empeñados en comerse una hamburguesa tan sencilla como las nuestras, en cuyas entrañas no

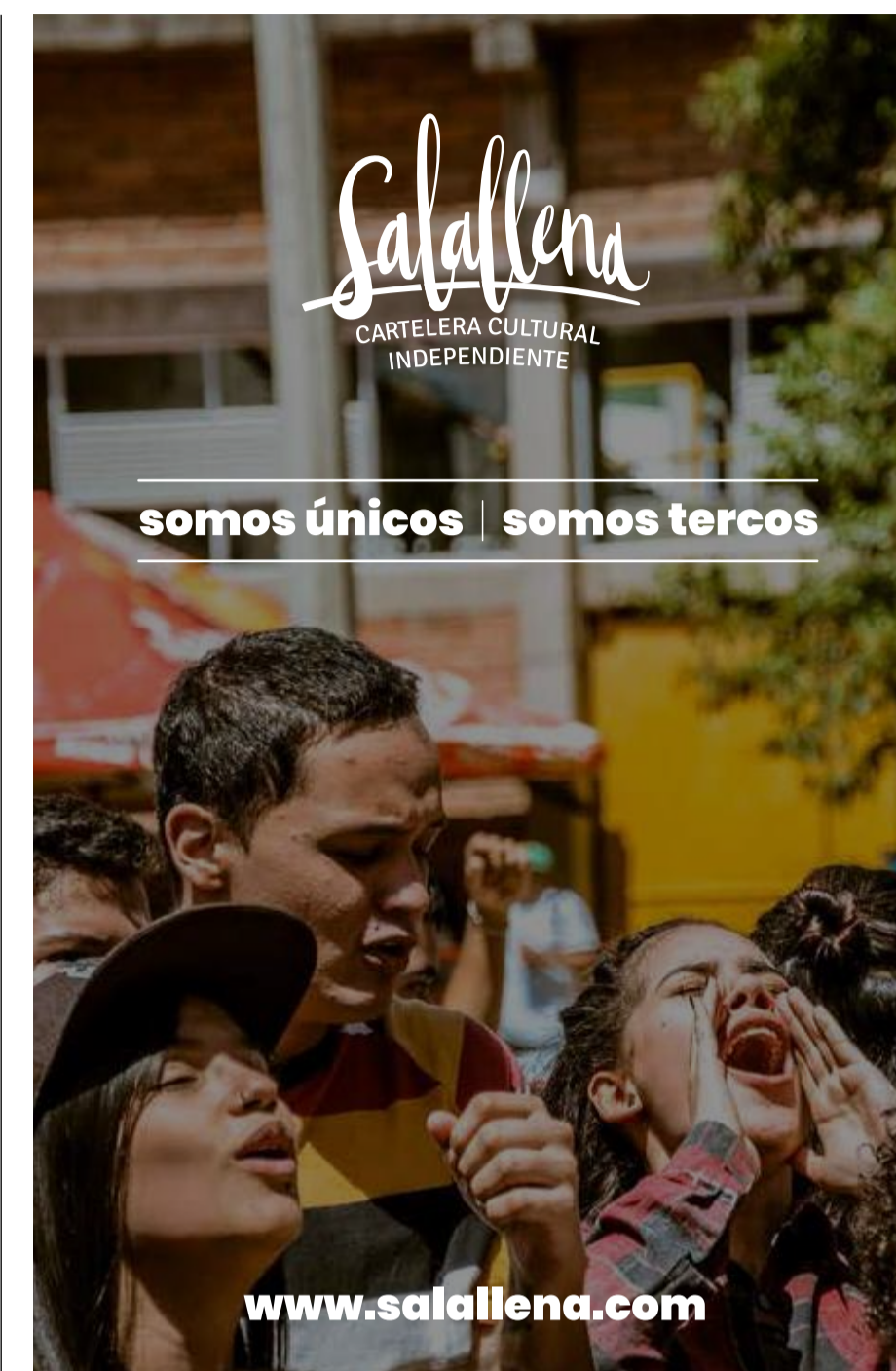
había otra cosa que una carne gruesa, una rodaja de tomate y una cama de palta triturada. Pero una hora después, cuando salimos, sentíamos satisfacción por un hartazgo que no se debía apenas al bocadillo, empujado con jugo de arándanos: el Caupolicán que atendía, desocupado ante la ostensible falta de clientes, se había sentado a nuestra mesa para contarnos, con graciosa erudición, mil secretos de las huertas chilenas. Y no solo nos enteramos de que los aguacates del sur tienen la carne más verde que los del norte, o que el melón damasco es mucho más dulce que el melón calameño; también aprendimos sobre agujeros populares, pues en una de las pocas pausas de la conversación agrícola se coló un regaño de la mujer ante un silbido del nieto: “¡No lo hagái, pol! ¡Si lo hacéi aquí dentro viene la mala suerte!”. Sobre ese botín de sabiduría popular se apuntaló el segundo tanto a favor de mi esposa.

Creí llegada mi revancha cuando, la víspera de volver a Medellín, fuimos a la casa de Neruda en Isla Negra, situada a hora y media de Santiago sobre una playa fragosa del Pacífico hostil. Nancy había querido pasar primero por Valparaíso —que fue donde los golpistas de 1973 movieron las primeras piezas de su ajedrez siniestro—, y aunque en un principio no le encontró mucha gracia a mi proyecto de peregrinación poética, una vez en Isla Negra no pudo evitar maravillarse con los caprichos de niño poderoso que Neruda realizó en aquella casa. Fuimos en el automóvil de Luis y Alberto, dos amigos que una buena estrella nos puso en el camino, y quienes, como mi esposa, se conmovieron con los mascarones de proa que el poeta metió en su sala, los viacrucis embotellados como si se tratara de barcos de colección, las pipas para el opio, los trajes orientales que hinchaban los armarios, la mesa de timón de barco, el campanario en forma de guillotina, la réplica al natural de un caballo de ferretería y, en fin, las mil cosas impensadas que Neruda logró meter en un inmueble con forma y alma de *Estravagario*. Sobre decir que yo me sentía exultante por esos mismos prodigios de bazar oriental, a los que hubo que sumar la carta de un restaurante en que se ofrecían “Entradas elementales”, “El tercer libro de los congresos”, “Pulpo general” y otros poemas suculentos.

Una vez que pusimos nuestra ofrenda de piedrecitas sobre la tumba de Neruda y Matilde Urrutia —la tercera esposa—, sacamos la cuenta de que teníamos tiempo de sobra para pasar por Valparaíso, desde donde Nancy y yo podíamos tomar, a última hora, un bus para Santiago, toda vez que nuestros amigos seguirían hasta Hércules, una caleta de pescadores que había más al norte. Llegamos a la ciudad portuaria a las 19:45 de un día radiante, con luz natural suficiente para un paseo por el muelle. Luis condujo hasta la Plaza Sotomayor, donde se alza un monumento rimbombante a los héroes de la guerra del Pacífico, y parqué el carro en la destartada calle Blanco, a cincuenta metros del corazón de la plaza. Desde el muelle, ubicado a un par de cuadras, pudimos ver la maniobra de los buques de carga, el juego sobre las olas de las barquitas turísticas y, a nuestras espaldas, el trolebús venciendo la pendiente que debía tirarlo sobre las calles de Playa Ancha, erizadas de coloridas mansiones. La estampa vespertina pudo haber sido capturada, con absoluto éxito, por un impresionista del Pacífico.

De nuevo en la calle Blanco, con el tiempo justo para salir hacia la estación de buses, encontramos, como remate impensado de aquella jornada feliz, una escena brutal: el vehículo había sido desvalijado, sin que pudiera saberse dónde habían ido a parar los artefactos electrónicos del auto, el grueso equipaje de Luis y Alberto y la chaqueta viajera de Nancy. De esa manera se fraguaba, para mi desgracia, lo que se antojaba como mi triunfo definitivo: porque mi idea de visitar Isla Negra había sido, quizá, la mejor ocurrencia de todas las vacaciones, mientras que el empeño de mi esposa por visitar Valparaíso había conducido a la zozobra. Ahogado en esas reflexiones —a un mismo tiempo fatalistas y de un egoísmo patológico— apenas advertí que nuestros compañeros de viaje pararon un taxi y nos metieron en él, y que, tras pagar por adelantado, dieron al conductor la orden de llevarnos a la terminal de buses. A pesar de la frustración, tenían muy claro que en Santiago nos esperaban un grueso atado de ropa sucia, muchos regalos desperdigados sobre las mesas y dos maletas vacías.

En la última escena importante del viaje de aniversario a Chile, Nancy y yo rodamos por la carretera que va de Valparaíso a Santiago. Llevamos todavía encima el susto por el riesgo del asfalto, así como mucha pena por la mala suerte de nuestros amigos, a esa hora ocupados por declaraciones ante los grises carabineros. Entonces, al salir la luna, mi esposa se recuesta sobre mi hombro y me agarra del brazo, segura de que en mi calor puede encontrar cobijo y consuelo para la angustia que le ha dejado la última aventura. Con tanta felicidad como fastidio advierto que se trata del final perfecto para una historia de amor, e inmediatamente concluyo que mi derrota es inapelable. ☺



Hace treinta días, cumpliendo cien años, Coltabaco cerró sus plantas en Medellín y Barranquilla. Cambian los vicios y las industrias. El indio de Rendón en vía de extinción. Los que siembran y doblan en esta crónica no saben de cajetillas, solo de hojas.

TABACO REPUBLIC

por PASCUAL GAVIRIA

Fotografías por el autor



Ninguno fuma. Fumaron, en otros tiempos, antes de que las cajetillas mostraran la imagen de un cáncer de garganta. Todos sienten una especie de reproche por sus cuidados a las hojas de un arbusto repudiado. Hojas que en realidad son flores, anchas, pegajosas, elásticas, que no pueden ser picadas por los insectos y deben conservarse como un pergamino intacto para que sean valiosas. Las sencillas flores rosadas del tabaco aparecen como una simple anécdota: las hojas son la cosecha para ir armando las sartas verdes y ocre que adornan el caney. Aquí no hay bultos ni arrumes. Son agricultores finos, dedicados a cultivar y a madurar su tabaco, campesinos y artesanos al mismo tiempo. Durante un mes, luego de la cosecha, deberán velar sus hojas con el calor de canecas humeantes en las noches frías; templar las cuerdas del caney cada semana, levantar las hojas maduras, tender las nuevas sartas en lo más bajo, como si lidiaran con un pequeño velero. Al final, entregan sus hojas

separadas por grupos según la calidad, apiladas en cajas u ordenadas en círculos como tambores.

Miguel José Mantilla vive muy cerca de Girón donde todos los miércoles se abre la bodega para la compra del tabaco. La mayor parte del producto va para Cúcuta y los fabriquines de Piedecuesta donde todavía se tuercen y se enrollan chicotes y tabacos finos. Su bigote y su risa tímida me hacen pensar en un candidato perfecto para un nuevo Juan Valdez. Pero el humo de los cigarrillos no se presta para juegos pintorescos. Miguel me dice que hace quince años no se veía más que tabaco en la región, “pero comenzó a pagarse mal y dejó de ser rentable”. Él mismo dejó de sembrarlo durante diez años, cuando aparecieron el melón, los cítricos, la papaya y el maracujá. “Esto ha salido muy bueno porque la tierra está descansada”, me dice, mientras señala sus cerca de cinco mil matas de tabaco. “Ahí donde está había mandarina. El tabaco daña mucho la tierra, necesita mucho abono y fumigación”. Solo un veinte por ciento de los ingresos

de su parcela vienen del tabaco; casi podría decirse que lo siembra por una especie de nostalgia por la agricultura con la que creció.

Tres clases de hojas salen de cada cosecha: la capa, la más grande y sana, que será la piel de los tabacos finos; el capote, hoja de menor valía, para envolver los chicotes y el interior de los puros de caja; y la picadura, el simple relleno que debe entregar su humo escondida a los ojos del fumador.

Desde su casa se oye el viento entre las hojas anchas del tabacal. La cocina, un cuarto exterior a la casa, tiene vista a las promesas del caney y el gran cacacol que da sombra al sembrado. A solo diez minutos hay un barrio gris con casas de adobe recién levantadas. El gobierno lo montó hace unos años para los damnificados de uno de tantos inviernos. Parece destruido pero la gente apenas se está asentando. Rejas, ventas de minutos, papelerías anunciadas con cartulina y polvo son parte del panorama. Al comparar la casa del campesino con las de los vecinos del barrio, resulta extraño que los hijos de Miguel piensen más en la construcción y en las motos que en la agricultura. La ciudad tiende sus trampas así sean deslucidas.

Gustavo Morales también vende sus hojas por fuera del mercado de las grandes compañías tabacaleras. Las empresas de cigarrillos ayudan con algo de financiación pero al final pagan todo como simple picadura; no les interesa la calidad de la hoja y fijan de antemano el precio de las dos cosechas que compran cada año. A diferencia de Miguel, Gustavo es arrendatario en su parcela. “Aquí toca meterse al tabaco. El cítrico que hay sembrado es de la dueña de la tierra, yo lo trabajo, pero el cultivo propio son mis dieciocho mil maticas de esto”. Vive un poco más lejos del casco urbano de Girón y dice sin voz baja que sus hojas seguramente pasarán por debajo hasta Venezuela.

Más de la mitad de la finca está sembrada con tabaco y su cosecha la cuida un perro recogido hace unas semanas y amarrado al caney. Gustavo y su familia probaron un tiempo la vida de pueblo en Piedecuesta hasta que una oferta los llevó de nuevo al campo. La decisión fue celebrada por uno de sus hijos que peleó con el colegio y buscó refugio en la siembra de tabaco: “A los jóvenes casi no les gusta trabajar en esto... Encontrar gente que sepa de esto es difícil, hay que buscar es a los abuelos”. Le pregunto cómo empezó y me dice que está viendo sembrar tabaco desde que estaba “entre las costillas”.

Cuando la hoja ha madurado y está arrugada en lo alto del caney, llega el momento de la alisada. Por lo general las mujeres se encargan de esa labor de selección y disposición final. Aplanchan las hojas una a una con la mano para entregarlas al trabajo de armado en los fabriquines. Al terminar sus manos terminan curtidadas por un “sarro” pegajoso que se convierte en un compañero inolvidable: “Ese pegote huele como a pecueca y uno mismo se pregunta: ¿no joda pero qué olor tengo?”. Gustavo todavía logra que su hija haga el trabajo de alisar, pero sabe que por el pago que le ofrece no durará mucho en ese oficio y le tocará buscar a las abuelas.

En últimas se muestra orgulloso de lo que hace. Sabe que su trabajo como tabacalero independiente es una rareza, intuye que lo suyo es el oficio de unos pocos agricultores que heredaron memoria y terquedad. “Este es un tema de cuidado”, me dice mientras explica que es mejor regar por debajo que mojar la hoja, porque eso le lava el aroma. “Es que cualquiera cuida un limón, para eso está la cáscara, pero no cualquiera cuida una hoja”.

A medida que nos alejamos de Girón bajan los precios que los cultivadores reciben por su tabaco y aumentan las dificultades. Buena parte de nuestra pequeña agricultura está ligada a la economía de subsistencia, pero el tabaco tiene la desventaja de un estigma que impide pedir al gobierno algún tipo de ayuda técnica y económica. El único consejo que les han dado en años se resume en tres palabras: “arranquen todo eso”. Aníbal Cadena me recibe con una especie de espada bajo el brazo. Está picando el tabaco apañado —cortado— en los últimos dos días. La espada es en realidad una aguja gigante para ensartar las hojas recién cortadas y colgarlas en el caney. Es ágil con la mano y la palabra, como corresponde a uno de los fundadores de la asociación de cultivadores de tabaco de su municipio. Lo acompaña su colega y amigo Ángel Custodio Guevara, uno de los 307 campesinos que hacen parte de la asociación en Piedecuesta. “Aquí en el pueblo el ochenta por ciento de la economía es tabaco, todo el mundo trabaja en esto. Usted pa trabajar con el tabaco no necesita estudio ni libreta ni decir cuántos años tiene... Esto sirve para lo que sirve el trabajo en el campo: para criar familias sanas”. Aníbal solo siembra tabaco, dice que una vez le dio por el tomate pero eso resultó muy “aventuroso”: “El tabaco hace la vida más hermosa, se puede quedar hasta ocho días sin agua”. Una vieja vocación acompaña el trabajo fluido de esos dos hombres. Dicen casi en coro que aprendieron a caminar detrás de las matas de tabaco, “recogiendo hojitas entre los sembrados”, en la época en la que el humo de los chicotes era bueno para todo. Saben que sin importar el precio vivirán el resto de sus vidas cuidando las hojas de siempre.

Mientras Aníbal y Ángel Custodio conversan y pican el tabaco bajo un caney, Elvia Ramírez, una señora que ronda los ochenta años, alisa algunas hojas ya maduras en un cuarto cercano. Las hojas arrugadas que parecen orugas gigantes se convierten en pellejos lisos sobre sus muslos, en uno está la capa y en el otro el capote. “Esto lo hace cualquiera, lo difícil es la selección. Hacía como tres años que no alisaba, pero es que yo no me puedo estar del balde, se me hace el día eterno”. Viéndola sola en ese cuarto, alumbrada apenas por un bombillo, concentrada en sus hojas, con las manos negras por la hiel del tabaco, pensé en el alfarero de *La caverna* de Sarago. Me dice que fumó cuando estaba pequeña, pero empezaron a asustarla con enfermedades y lo dejó. Está orgullosa de los chicotes de Piedecuesta: “En otras partes nos podrán ganar por tamaño, pero el de aquí quema blanquito, y quema parejo, derecho”, dice, mientras celebra la grasa en sus manos porque es la que le da la combustión a los tabacos.

Desde los despeñaderos que conducen a la vereda El Regadero, en el municipio de Los Santos, se pueden ver los parches verdes de los pequeños tabacales entre la tierra roja y los pozos de agua que parecen el volcán particular de cada parcela. Rodolfo Pedraza está feliz por el aguacero que el día anterior alivió sus ocho mil matas de tabaco: “Aquí no hay agua, esto es a la voluntad de Dios”, dice y asegura que su tabaco ha resistido hasta tres semanas sin riego. Vive con su padre de 95 años y dos hermanos. No hay hijos en esa casa pequeña con un corredor de tierra sembrado de limones y papayos que separa las habitaciones de la cocina. Su padre y su abuelo sembraron tabaco para las grandes compañías; Rodolfo siembra y vende por su cuenta. Hace veinticinco años vendió su tierra, aunque se quedó viviendo y sembrando en ella: “Le entrego una cuarta parte de lo que sale a la dueña. Esto no da nada, hay veces que toca venderlo muy barato, pero qué hago con él, no me lo puedo comer”.

Hace unos años vinieron de la gobernación, le sacaron cuentas a su sembrado y todos los saldos dieron en rojo, “pero yo qué más voy a sembrar, igual no hay agua”.

Rodolfo vive prisionero de una tierra y una manufactura que se resiste a desaparecer. Ir desde su finca hasta el casco urbano del municipio puede tomarle cerca de una hora en carro. En la Mesa de los Santos, que sirve de mirador sobre su parcela, hay una ebullición de turismo y fincas de recreo. Abajo, sobre esas tierras calcáreas, el tiempo corre mucho más lento. Terreno apto para las fábulas y los amos. La memoria de su padre y su abuelo también es una especie de condena para Rodolfo y sus hermanos. Al salir de su finca nos topamos con una fiesta de matrimonio en una vereda cercana donde matarán 35 chivos para los invitados. La escena sería perfecta para las quijotescas Bodas de Camacho: animales colgados de los árboles, “seis tinajas” sobre el

fuego, “cocineros limpios, contentos y diligentes”, los quesos como “ladrillos enrejados...”.

Rodolfo nunca logró entender qué hacíamos allá preguntando por sus esfuerzos. Para él es solo sembrar, rogar por el agua, regar un poco, apañar, picar, alisar y vender. A falta de hijos, contrata dos ayudantes para su cosecha: “Este cultivo es de los que más sacrificio necesita, y no se saca nada. Pero toca tenerle cariño, es lo que le da a uno la papa, así sea lo del diario no más”.

En Piedecuesta las pequeñas casas tabacaleras muestran sus avisos de cien años y sus máquinas alemanas de mediados del siglo pasado siguen girando. Una calculadora manda sobre el escritorio de la secretaria y los torcedores usan sus manos con una agilidad aprendida desde niños. Desde los techos las palomas miran con los mismos ojos el trabajo que se ha repetido por más de un siglo. La inercia y la tradición siguen moviendo a los agricultores y los artesanos. ©



Terapia

por JUAN CARLOS RODRÍGUEZ

Ilustración: Camila López

Las familias construyen mitologías. El penúltimo ciclo mitológico de la mía es el ACV: mi mamá sufrió un ictus, un Accidente Cerebrovascular, en el 2011.

Para saber la fecha tuve que ir a mirar en mis correos electrónicos. Nunca recuerdo los años en los que pasan las cosas importantes. De paso, tampoco las carentes de importancia. Recuerdo mucho mejor los contextos que las cifras. En chiste digo que sufrí de Y2K. Lo digo en chiste para no dramatizar, pero es en serio. Desde el 2000 no registro bien el paso del tiempo. Para decir que estamos en el 2019 dudo un poco, una milésima de segundo, algo imperceptible para los demás pero que no dejo de notar. No me importa mucho.

Mi mamá sufrió un ACV en el 2011. Estuvo más de un mes hospitalizada, primero en la UCI y luego en una habitación. Volvió a su casa comenzando diciembre. Justo el día en que yo iniciaba mis vacaciones de fin de año. No hablaba, no caminaba. No podía ocuparse ni de su propio aseo personal. Pasó un par de días sin salir de la habitación. La vi llorar una vez. Parece que tuvo una profunda tristeza que duró un día. Ella misma no se permitió que durara más.

Mi mamá es enfermera. Trabajó años en un hospital y luego en el servicio médico del acueducto. Es pensionada y tiene un seguro médico de esos que ya no existen. Tuvo terapia física, de lenguaje y ocupacional en la casa durante varios meses. Una enfermera durante cuatro semanas. Cuando el tratamiento comenzó, se entregó totalmente, con una determinación increíble. Volvió a hablar y a caminar. Aprendió a leer y escribir de nuevo. Yo le enseñé. Mejor, yo le ayudé a recordar. A mis hermanos les pareció obvio que, siendo yo profesor, me ocupara específicamente de eso.

Mi papá, también jubilado, tenía dos trabajos y pronto recuperó sus horarios habituales. Se ocupaba de ella en las mañanas, de ayudarla a bañarse y vestirse, de que estuviera lista para la jornada. A las nueve se iba, y volvía a la casa bien entrada la noche.

Si se recuperó, no fue solo por la terapia. Fue por esa energía enorme que siempre ha tenido. La misma que la hizo dejar la casa de mi abuelo para venir a Bogotá a terminar su formación como enfermera, a pesar de que él decía que las mujeres no tenían por qué estudiar y que si se iba no le iba a permitir volver jamás. Todos mis tíos fueron a la universidad. Ninguna de mis tías estudió más allá del bachillerato. Mi abuelo *perdonó* pronto a mi mamá.

Las familias construyen mitologías. Del último ciclo mitológico, el más reciente, no quiero hablar.

Volvió del hospital comenzando diciembre y me metí de cabeza en la casa de mis padres para acompañarla y apoyarla en sus terapias. Mi hermana hizo lo mismo. Mis dos hermanos también. Ahí hay otra historia, con tantos matices, que prefiero evitar para no extenderme. Y por que de nuevo vienen las ganas de contarlo todo y chocan contra las ganas de callarlo todo. El último ciclo mitológico de mi familia, aún en construcción. Un ciclo que gira alrededor de otra enfermedad.

Tener parientes médicos es una fortuna o una causa de tensión, según sea el caso. Cuando mi prima Astrid vio el resultado del primer TAC, cuando mi primo Ángel fue al hospital y charló con el neurólogo, el panorama fue desolador. El nivel del daño era tal que era muy poco probable que sobreviviera. Y si lo hacía, lo más seguro era que quedara en unas condiciones lamentables. Para rematar, no hubo consenso en la junta médica. Operar o no operar. Clipaje o espera incierta. Ángel es radiólogo y, amablemente, lo invitaron a observar un examen cuyo nombre no recuerdo. De esos en los que hay sondas y cámaras recorriendo el cerebro. El examen no pudo realizarse, después de un par de intentos, se canceló. No hubo cirugía. Cuando salió del hospital solo teníamos la espera.

Si se recuperó, no fue solo por la terapia. También está la religión. Yo tuve que dar mil vueltas en la vida para poder comprender que no soy ateo, así no tenga una religión. Mi mamá no dudó nunca. Recién iniciadas las terapias estábamos los dos haciendo unos ejercicios de lenguaje y ella estaba totalmente perdida. Era algo elemental, decir los días de la semana o algo así, y ella balbuceaba sin poder responder. Y de repente, con una claridad que en esos días casi nunca tenía, dijo, "Dios mío, despiértame". La plegaria, ciertamente, funcionó.

Tengo una letra horrible, prácticamente ilegible. La de mi mamá era todo lo contrario, como de manual de caligrafía. Ahora su letra parece la de alguien que no terminó la primaria, es torpe, esforzada. No me limité a enseñarle a escribir, también le enseñé a hacerlo de manera incomprensible.

Una tarde, comenzando enero, me di cuenta de que todas las camas de la casa de mis papás estaban ocupadas. Yo era el único que estaba despierto. Esas cosas siempre pasan una tarde, supongo. Salí a la calle y me fui andando hasta mi casa. Por el camino compré unas cervezas. Mientras me las tomaba decidí que iba a escribir mi tesis, que iba a volver a la universidad y a graduarme, después de muchos años de postergarlo. Yo sabía lo que le dolía a ella que yo fuera el único de sus

hijos que no se había graduado. A mi papá había dejado de importarle tanto cuando publiqué mi libro de relatos, pero a ella no.

Cuando ya no tuvo más enfermera, nos repartimos los días de la semana para acompañarla en las tardes. En la casa trabajaba una empleada hasta las cinco y la acompañábamos hasta que llegara mi papá. Hice las cosas que antes no hacía: llamar todos los días, visitar entre semana y no solo los domingos, armar planes para hacer solo con mi mamá. Durante los primeros dos años, además, estábamos en estado de alarma. Teníamos instrucciones de ir inmediatamente a urgencias si se presentaban algunos síntomas específicos. Desde febrero de 2012 hasta el año pasado, cuando comencé la maestría en el Caro y Cuervo, estuve acompañándola todos los martes y jueves por la tarde, casi sin falta. Ese mismo año comencé a andar con Amanda, una colega. Nos enamoramos y terminamos y volvimos y volvimos a terminar y volvimos a volver durante años. Hice la tesis, volví a la universidad, me gradué.

Mi mamá vivió toda su vida corriendo. En las mañanas hacia el trabajo, primero el hospital y luego el acueducto, en las tardes hacia la casa, donde no paraba de hacer cosas. Soñaba con pensionarse para descansar. Y se pensionó y se desesperó y se empleó de nuevo. Después puso un negocio, junto con uno de mis tíos. Hasta que, finalmente, un par de años antes del accidente se había retirado y vivía más tranquila en general, aunque siempre lista para afanarse a fondo por cualquier cosa.

Hoy ha vuelto el lenguaje, aunque con una leve afasia y una vocación narrativa fragmentaria, posmoderna. Mi mamá nunca cuenta nada en orden, ni comenzando por el principio. Ha vuelto la movilidad. Y, por supuesto, el afán, ese ir corriendo, es peor que antes. Los sobrevivientes de ACV suelen no matizar muy bien la expresión de sus emociones.

Las familias construyen mitologías.

En el ciclo mitológico del ACV hay un episodio circular: mi papá acompaña a mi mamá a una consulta con un nuevo médico, que lee la historia clínica y ve los exámenes. El médico se muestra sorprendido. Examina a mi mamá. Charla con ella. Y luego manifiesta su sorpresa: "Señora, lo suyo es un milagro"... El accidente fue masivo, el daño fue enorme. "No puedo creer que usted haya entrado caminando y que pueda hablar". La misma escena se ha repetido unas cinco veces y mis papás lo cuentan con orgullo. Yo no sé cómo lo cuento. Pero todos lo contamos y lo contamos, como si todavía fuera necesario para convencernos. Para creer.

Los miércoles voy a la casa de mis papás hacia el mediodía, almuerzo allá y me quedo hasta por la noche. Trabajo, estudio, acompaño a mi mamá a hacer mercado, le pido que me acompañe si necesito salir a alguna parte. Mi papá comienza a estar más tiempo en la casa, a veces salimos los tres a hacer alguna vuelta. Mi mamá lee el periódico, ve televisión, hace largas siestas. Si alguien hablara con ella y no supiera sus antecedentes médicos, tal vez pensaría que es una señora que a veces se enreda para hablar, o que refunfuña por bobadas. Tal vez se fijaría en que camina un poco encorvada hacia la izquierda o que gira un poco la cabeza cuando necesita fijar la vista en algo. Pero difícilmente imaginaria que estas particularidades son secuelas de un ACV.

Yo no extraño a mi mamá de antes. Sé que ella extraña su independencia, claro. Y por supuesto que yo desearía que ella no hubiera tenido que pasar por semejante trance, pero nunca he sentido que sea otra totalmente distinta. A veces logro hacerla reírse de cómo trastoca las palabras, pero en otras ocasiones la hago desesperarse un poco cuando le pido que me explique bien de qué habla. Es que esa costumbre de mediar de manera no lineal y comenzando siempre *in media res* es, a veces, un poco extrema: "Yo le dije que era el pantalón verde y el señor me decía que no". "Mamá, ¿de qué me está hablando?". "¡Pues de que lo había llevado con la chaqueta!". "¿Cuál chaqueta?". "¡¡Ayer!!". Y así hasta que al rato entiendo que ha tenido un problema en la lavandería. Cuando me demoro en adivinar, refunfuña y resopla. Pero siempre terminamos entendiéndonos. Su accidente, su recuperación, fueron, en últimas, una manera de acercarme más a ella. De conocerla mejor. ©



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

ERRARE SCRIPTOR EST

Tanta antipatía llegó a sentir el doctor Conan Doyle por Sherlock Holmes, que lo mató. Crimen por suerte no irreversible, pues ningún cadáver dejó constancia de aquello. Así pues, la fuerte presión de lectores y editores logró corregir el desaguinado. Conan Doyle siguió en sus trece durante diez años, y al fin terminó por ceder. Holmes volvió a la vida dotado de mejores atributos, más maduro y decantado, en paz consigo mismo y con su autor. Pero quizás este siguió pensando que el sagaz detective había opacado lo mejor de su obra, ciñéndose por *sir* Arthur en sus novelas históricas, algo influenciadas, al parecer, por las de Walter Scott. También los médicos se equivocan.

Un cambio abrupto sostiene nuestra tesis: los escritores suelen ser malos jueces de sus propias obras. Don Miguel de Cervantes se fue a la tumba pensando que su libro perdurable sería *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, y que *Don Quijote* no era otra cosa que un ejercicio de divertimento; si bien la segunda parte de aquella historia (gracias sean dadas al misterioso Avellaneda, quien la propició sin saberlo) nos revela un interés cada vez más entrañable en los avatares y desgracias de su inmortal personaje. No obstante, sus preferencias eran otras. Pero las páginas del *Persiles* son hoy, apenas, consulta para cervantinos, libradas del olvido a lomos de Rocinante.

Y viene a cuento ahora García Márquez. En sus no pocas entrevistas (en las que Gabo evita mostrarse, y prefiere hablar de sus libros, o, mejor, de la carpintería de sus libros), el autor insiste en bajar a *Cien años de soledad* de su pedestal. "Mi libro —afirma— es *El amor en los tiempos del cólera*". Aunque nunca se sabrá si era sincero, o si su vanidad se resentía ante aquella muestra de total unanimidad, y decidía ser él mismo quien la cuestionara.

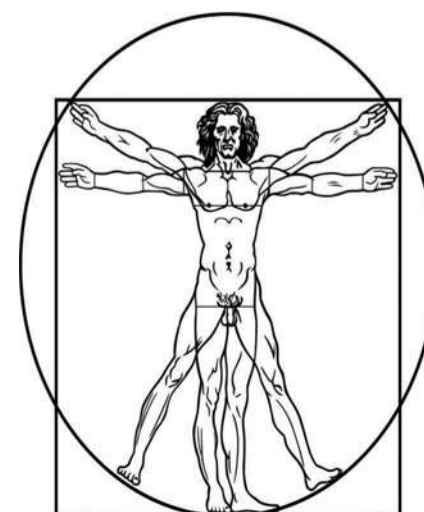
Ya casi a punto de acabar, llega a mis manos un texto de Charles Neider, especialista en Mark Twain. Según Neider, para Twain su mejor relato era *Juana de Arco*; obra, sospecha uno, de la que nadie tiene hoy noticia. Y así, *ad infinitum*. Remember Kafka.

CODA

Me informa un lector de *Universo Centro*, a quien agradezco el dato, que las películas de grandes robos son en efecto un género, llamado en Hollywood *heist movies*. Aún me quedan en el tintero uno o dos temas parecidos. Ya saldrán, si se puede.

CODA 2

"...cuando nada se había perdido todavía". Es sin duda el poema más breve de la literatura colombiana. Y, además, es precioso, y además, acaso, involuntario. Lo pesqué con lupa en una crónica sobre libros de Mónica Quintero. Por lo demás, la crónica es excelente. ©



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

Las garzas del río Medellín



Garcita azulada.
Butorides striata. 1917.



Baco. *Nycticorax hoactli*. 1914.



Garza blanca.
Ardea alba egretta. s.f.



Baco.
Nycticorax hoactli. 1918.



Garza rayada.
Ardea cocoi. 1918.

En 1914 Medellín apenas contaba con setenta mil habitantes. Unas pocas calles del área urbana llegaban al río. Y aunque desde finales del siglo XIX ya se habían hecho obras para contener sus aguas, y rellenar las partes inundables, desde la calle San Juan hasta la calle Colombia, era en Guayaquil donde se concentraban los trabajos de la llamada "cuelga" del río, que lo rectificaba y lo encausaba, para permitir el relleno, la apertura de más calles y la urbanización. Tomás Carrasquilla diría que lo metían en cintura y no lo dejaban discurrir libremente, pues hasta las obras del ferrocarril, cuyo primer tren llegó ese año, hacían lo suyo en la parte norte.

A pesar de estos esfuerzos del progreso, quebradas como El Zanjón en el propio Guayaquil, la Santa Elena, la Loca, que descargaba en la Santa Elena, discurrían sobre zonas de inundación y pantanos de las orillas; un ambiente que preocupó a los médicos higienistas, los ingenieros, los protourbanistas y los empresarios.

En esas riberas próximas, a medio rectificar, donde todavía había cámbulos, písamos y saucos, cañaflechales y batatilla, se asomaban los chorlos, los patos migratorios y las garzas, pese a que el mismo Carrasquilla aseveró que ni "flamencos ni

garzas se pescan desde estas orillas sombreadas". Lo desmiente el testimonio de cinco variedades de garzas embalsamadas por allá en las dos primeras décadas del siglo XX. Las colectaban los hermanos lasallistas, que andaban buscando especies para su museo de ciencias naturales.

Entre los exploradores se encontraba el hermano Nicéforo María, heredero de la tradición científica de esa comunidad de clérigos, cuyos trabajos de catalogación y taxidermia se pueden contemplar en el Museo de Ciencias Naturales de La Salle en el ITM, ubicado en el barrio Boston y con 106 años de existencia.

Desde la década de 1910 ya se venía realizando la cuelga y rectificación del río y la proyección del afamado Paseo de los Libertadores hoy conocido como Avenida Regional. En aquel entonces la Estación Medellín del Ferrocarril de Antioquia se encontraba en todo su apogeo desde su inauguración en el año 1914. De tal forma que el desarrollo urbano incorporaba para la ciudad terrenos que antes eran los dominios del río. El periodista y escritor Alberto Upegui en su libro *Guayaquil, una Ciudad dentro de otra* nos ilustra sobre el paisaje de la villa: "A comienzos del siglo, Guayaquil terminaba en la plaza de mercado. A continuación unas

cuantas casuchas derrerengadas, guaridas de pájaros de mal agüero. Un poco más abajo, hacia el sur, se extendían unas ciénagas pestilentes, refugio de ladrones y maleantes [...] Si bien el pantano soportaba como escondrijo a los chicos incorrectos del momento también se configuraba como un lugar excepcional para la presencia de una fauna compuesta por garzas y similares".

Así, a lo largo de aproximadamente catorce kilómetros entre el Ancón de la Estrella y la estrechura del Bermejil, hoy el barrio Aranjuez, se formaban pequeños pantanos, lagos y estuarios inundados por la acción natural del río y otras aguas vecinas que eran la morada natural de estas aves zancudas.

Tal parece que la dieta de las garzas puede variar de acuerdo con su ubicación y especie. Se adaptan a comer de un menú abierto que incluye peces, insectos, gusanos, serpientes, ranas, lagartos, larvas o crustáceos, entre otros bichos. Y, aunque ahora cuesta creerlo, para principios del siglo XX, el río Medellín ofrecía tantas y tan menudas suculencias que no era raro ver a estas garzas picoteando en sus riberas.

*Especies de garzas. Colección de ornitología, Museo de Ciencias Naturales de La Salle, Instituto Tecnológico Metropolitano (ITM).

parque
explora

Los más bellos insultos

PATO

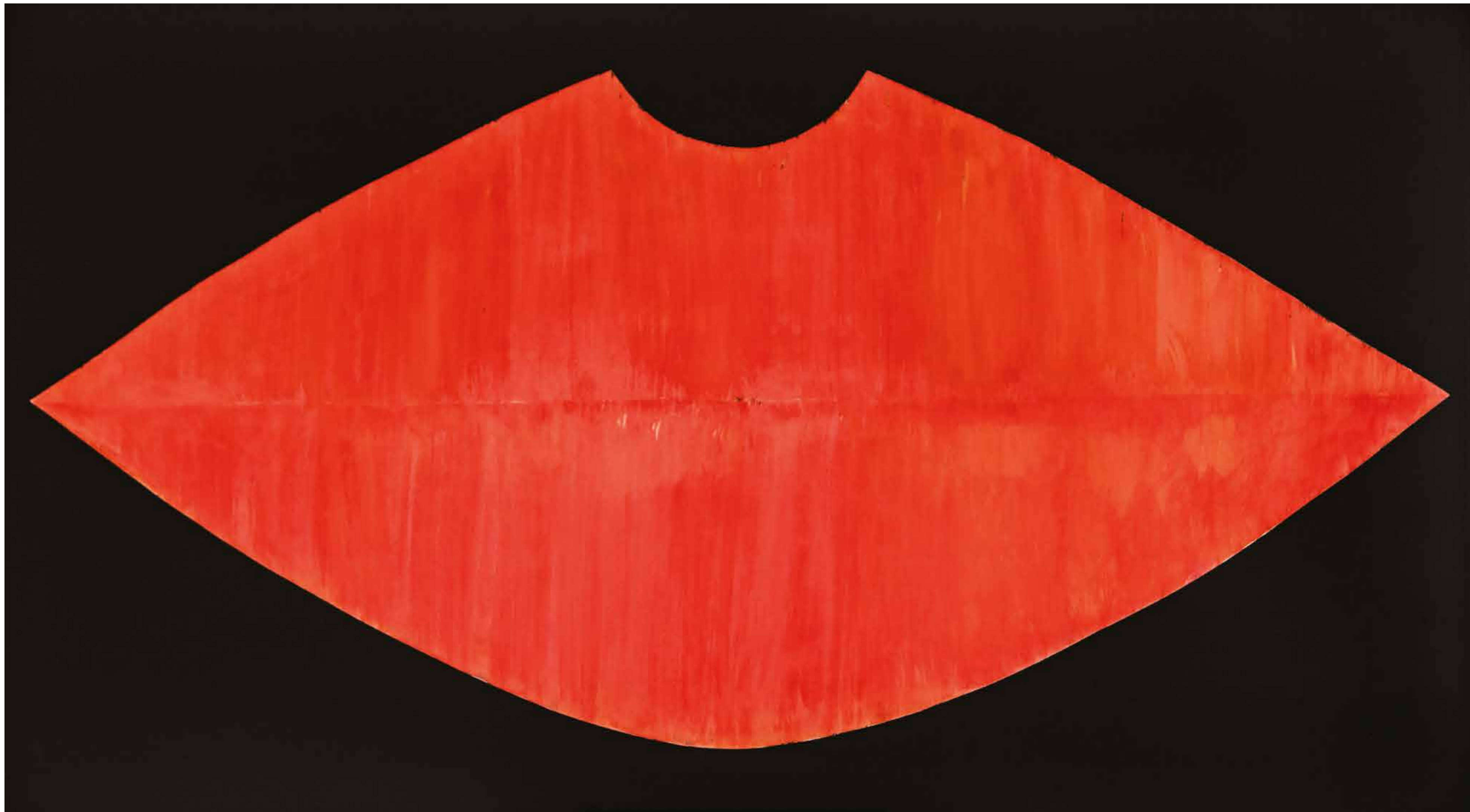
Ser pato es pertenecer a la categoría de los que son y no parecen. Nadie anticiparía, por ejemplo, que tienen una vida sexual tan intensa y reclamante.

Las hembras, en las curvas de su evolución, desarrollaron una vagina en espiral que les sirve para contenerlos en los casos de asedio, por cierto muy frecuentes y documentados por la ciencia. Pertenecen al 3% de las aves que tienen pene. En este caso, hasta de 20 cm y con erecciones en menos de medio segundo.



Hay algo en ellos de los dinosaurios, sus ancestros. Pero con plumas y pulmones que, de extrema suavidad en el pecho y en el cuello, han desatado crueles exterminios. Muchos edredones y almohadas tienen sufrimientos suficientes para aterradoras pesadillas. Los patos son muy inteligentes, aprenden sin necesidad de recompensas y recuerdan, entre otras cosas, el canto de su madre desde el huevo. No se mojan y sus patas palmeadas de nadador han inspirado las aletas de los buzos. Algunos de estos navegantes del aire y del agua están capacitados para emprender vuelos intercontinentales y alcanzar unos 7 mil metros de altura, lo que equivale a volar por encima de los Himalayas. **¿A quién vas a decirle pato? Tal vez no lo merezca.**

#SeriesExplora #BellosInsultos



Jorge Ortiz
Medellín es un labio
Papel fotográfico, fijador fotográfico y papel crepé
100 x 180 cm
2018

El aeropuerto Olaya Herrera, con el apoyo del Parque Biblioteca Guayabal, acaba de hacer su primer concurso de microrrelatos con una convocatoria exitosa: 389 historias de aterrizajes, despedidas y tempestades. Aquí, el podio.

Historias de vuelo

Ilustración: Cachorro



1

Soles de aeropuerto

por DAVID EUFRASIO GUZMÁN

Ella era la que trabajaba. Por esos días cumplía un año como asesora comercial de una empresa que convertía lonjas de metal en artículos de papelería: clips mariposa, pinzas, grapas, chinchés. Como tenía clientes en Bogotá, Lima, Quito y Caracas viajaba con frecuencia a estas ciudades. Un domingo, papá y yo fuimos a recogerla, y aunque su vuelo llegaba en la tarde, nos fuimos desde temprano para el Olaya Herrera. Instalados en la terraza, él sacó su libreta de notas y su paleta para mezclar colores mientras que yo me senté a ver despegar y aterrizar aviones con la alegría de saber que en uno de ellos vendría mamá.

—¿Los países donde va la mamá quedan muy lejos?

—No, hijo, son países vecinos, bolivarianos, porque Simón Bolívar los ayudó a liberarse de los españoles.

—¿Y no era mejor seguir siendo de España?

—España es la vergüenza de Europa, hijo, solo trajeron corrupción y sangre. Mejor ser lo que somos, mestizos.

Una extensa nube que había estado ranchada por fin se movió. Apolo, el gran astro dorado, como le decía papá, emergió con su fuerza luminosa y nos absorbió. El sol era una expresión obsesiva en sus lienzos. Entonces extrajo de su mochila dos visores fabricados por él con marcos de balso y varias capas de negativo. A través del mío miré la pepa: era un sol oscuro, como él los pintaba; sus manchas se desplazaban, se inflaban, se desinflaban, babeaban flamígeras unas contra otras, como si estuviera relleno de sus mismos trozos triturados y carbonizados en constante circulación.

—Si está quemado y es negro, ¿por qué lo vemos amarillo?

—La magia de los dioses, hijo.

A la hora señalada un avión merodeaba los aires. Al mirar hacia la pista, las ondas de calor vibraban sobre su superficie; se veía borrosa, abrasada como por una brisa sideral propia de los astros y las grandes turbinas.

—Ahí viene —dijo papá guardando sus materiales.

El pájaro rojiblanco desplegó sus garras para aterrizar y desde la baranda algunos emocionados agitaron sus pañuelos.

Cuando abrió sus compuertas, llegaba el momento del teatro. Jugar con mi padre a encontrarla y ella a ocultarse entre los pasajeros, despistándonos con alguna prenda o un nuevo caminado. Y la felicidad de descubrirla con un sombrerito emplumado y una pañoleta alrededor del cuello.

Verla jalando sus maletas, abrazarla, fundirnos.

Dejamos el aeropuerto en taxi; atrás, su fachada con cáscaras de cemento que asemejaban el filo de una nube y sus ventanas ovaladas me dieron la sensación de haber salido de un enorme juguete.

Esa noche mamá desempacó una bolsa de confites de leche de conejo típicos de Caracas y varios quesos pera que había traído de Bogotá. Como de costumbre, papá envolvió los quesos en papel aluminio para meterlos al horno.

Al sacarlos, el dulce de guayaba brotó humeante y provocativo.

—¡Cuidado te quemas!

—Papá, ¿y si el sol está relleno de bocadillo caliente?

—Pregúntale a mamá, es ella quien lo contempla de cerca.

2

Take off

por GOYA ECHEVERRI

Para Juan B.

Todo lo que recuerdo está hecho de recuerdos. Turbios, por cierto. Y no por malos. Debe ser porque desde donde viví todo, se parecía más al fondo del mar que a un día soleado. Recuerdo la emoción con la que llegamos al aeropuerto Olaya Herrera esa mañana. Veo a mucha gente, todos elegantemente vestidos y felices para la ocasión. Estábamos ahí porque mi papá había hecho posible lo imposible: lograr que la aerolínea más pequeña de ese entonces, Aces, comprara un avión que por primera vez volaría en Suramérica, el A320, a un operador novato, Airbus. Conseguir, además, que el vuelo inaugural pudiera hacerse desde ese aeropuerto, aun con las restricciones para la operación jet por su pista corta y por estar metido entre la ciudad. Era el 24 de noviembre de 1997 y una vez más el Olaya estaba preparado para ser protagonista de un suceso que terminaría por hacer historia y que, sin pronosticarlo, cinco años después daría paso a la integración de las dos aerolíneas rivales del país. En ese avión íbamos cien mortales, una no nacida y tres pilotos al mando: dos exastronautas y mi papá.

Las primeras emociones que sentí en la vida surgieron ese día, en ese vuelo y en las semanas que lo precedieron. En medio de los trámites finales para traer el avión a Colombia, mi papá tuvo tiempo para definir la ruta perfecta: una que permitiera a los invitados disfrutar del paisaje del oriente antioqueño y a los habitantes del valle de Aburrá, ver la nueva máquina. “Prepárense para disfrutar las 25 700 libras de empuje de cada motor”, dijo por el altavoz. Pero no nos advirtió lo que ya había preparado con sus colegas en cabina: el avión despegó como un cohete y, en una vertical casi perfecta, surcó las pocas nubes que tenía ese día, el cielo azul de Medellín. Yo pateé del susto, nos mareamos, hubo gritos, risas, copas rotas y aplausos. Volamos bajito por el valle de San Nicolás y casi que pudimos tocar la piedra de El Peñol, para finalmente terminar con un sobrepaso por el Olaya: el avión a ras de piso ganando velocidad y toda la potencia de los motores en juego para, segundos antes de que se acabara la pista, subir abruptamente. Volvieron los gritos, los aplausos y la vajilla destrozada. Veinte días después, la vida de mi papá acabaría en una maniobra similar, en el mismo aeropuerto.

A bordo de tu Stearman, intentaste hacer un sombrero de copa, pero trepando la vertical el motor se apagó. Entraste en pánico, quisiste devolvete, miraste por la ventana rogando no ir a parar en la gasolinera, pensaste en nosotras, supiste que esta no sería una hazaña más y caíste a la canalización. Yo lo presentí desde tu conversación de esa mañana con mamá. Sabía que no te conocería y que mi vínculo contigo se parecería mucho a los encuentros en los aeropuertos: fugaces, sentidos, felices y tristes.

3

Una bomba de tiempo es un espejo

por BERNARDO GALEANO

Fue en la página que dejó abierta un despreocupado usuario del café internet que administraba por ese tiempo en la que leí por primera vez una corta biografía del argentino. O uruguayo o francés. Nunca me decidí por alguna de las versiones que reclamaban su cuna y su país, lo que me resultaba encantador, ese pasado difuso, y a falta de una nacionalidad, tres.

La primera lección que aprendí aquel día es que la gloria de un hombre motiva las más acaloradas disputas cuando terminan para él todas las farras. La segunda —y definitiva— lección vendría tiempo después a kilómetros de donde me sorprendí leyendo sobre la vida de alguien a quien había escuchado tanto pero del que sabía muy poco. Lo sé, fue un episodio mínimo pero tuvo consecuencias importantes para el resto de mis días —que no imaginaba tan escasos para ese momento—. Algo ocurre, una bomba explota, por ejemplo, y las ondas expansivas alcanzan también a la hormiga que levanta una miga de pan y la lleva a su refugio, una miga que días antes, a cuatro metros de allí, cayó y rodó desde la mesa de una cafetería en la que una joven de, digamos, veintidós años, entabla una conversación con un joven de veintiséis y en la que este último, hacia el final, expresa tajante:

—El día que me quieras, llámame.

A lo que la joven responde en un extraño acento y después de un silencio hecho de segundos:

—Conmigo te estrellaste, nene.

La bomba, lo supe después, tuvo lugar el 24 de junio de 1935; la hormiga, supongo, fui yo; el diálogo en la cafetería, un suceso aparentemente aislado, y las ondas expansivas los años que van desde aquel verano del 35 a la ineludible tarde en la que alguien dejó abierta, casi a propósito, una biografía de Carlos Gardel en mi lugar de trabajo. Ignoramos los lazos que nos unen a las cosas, la metafórica red que urde el destino.

A los 44 días exactos de aquella tarde, por un motivo irrelevante, el dueño del café internet y yo —el empleado— tuvimos una pelea que duró pocos minutos, los suficientes para acabar con cualquier cortesía que hubiese entre ambos. Él decía una cosa, yo otra, una mesa saltó, hubo daños y mi despido inmediato. Con el dinero que ahorré allí y en trabajos anteriores obtuve lo justo para materializar algo que había planeado entre el nacimiento de mi obsesión y mi desempleo: un viaje a Medellín. Revisé las rutas, los precios, los lugares. Aeropuerto Olaya Herrera, el destino. El destino: Gardel había fallecido en la pista de ese aeropuerto. Quería ver lo que él había visto por última vez.

La fecha llegó.

Departures — Arrivals.

Santiago ↗ Bogotá ↗ Medellín.

Junio.

A través de la ventana del avión la ciudad devuelve mi rostro. Lección dos: nadie escapa a lo que está escrito. Mi nombre es Carlos Delgar. Intercambia las sílabas de mi apellido. Bingo. ¡Boom!☺



Imagen satelital del Amazonas colombiano tomada de Google Earth.

Pisar el mapa

por DANIEL PACHECO

Todo ese pedazo verde de abajo en el mapa, más o menos la mitad de Colombia, todo eso es la Amazonia. Desconocida e ignorada por la gran mayoría de colombianos, un patio trasero de selva y ríos tan vasto que aún esconde tribus de indígenas no contactados a pesar del aumento en la deforestación en los últimos años. Colombia tiene más o menos el seis por ciento de la Amazonia, el lugar donde se produce el veinte por ciento del agua dulce y el oxígeno del mundo. Tiene, además, una de las zonas mejor conservadas, más diversas cultural y ambientalmente por su conexión con los Andes, y más resistentes a la degradación que el cambio climático está produciendo sobre este ecosistema.

Después de la firma del acuerdo de paz la deforestación en la Amazonia se disparó de unas sesenta mil a más de 160 mil hectáreas al año. Es decir que desde el año 2016, sobre todo por las puntas de colonización que bajaron del piedemonte de la cordillera oriental, en Caquetá, Guaviare, Putumayo y Meta, se destruye un área de bosque más o menos del tamaño del Quindío... al año. Hemos oído las explicaciones. La salida de las Farc y el fin de su totalitarismo ecológico, el acaparamiento de tierras a través de la ganadería extensiva, la coca, etc. Pero hay algo más. Desde hace un año y medio me aficioné al tema de la Amazonia, y aun raspando la superficie, he logrado encontrar un territorio más allá de los llamados a su salvación vía redes y las lecturas "selva adentro". Dejé de ser el mapa elemental que tenía en la cabeza, y en cuatro viajes —al Caquetá, al Amazonas, al Guaviare y al Guainía— se convirtió en un descubrimiento

desorientador sobre un lugar que, simultáneamente, está siendo destruido a un ritmo que nos convierte en una vergüenza mundial, y tiene escrito un nivel de protección tan sofisticado que es ejemplo global.

Y por ahí viene ese algo más. La distancia que hay entre los colombianos y su territorio amazónico explica tanto el nivel desconocido y descomunal de su protección, como el de su destrucción. Y empiezo por una conversación que me ayudó a entender por qué es tan fácil para los colombianos que venimos de los Andes destruir y dejar destruir la Amazonia.

En el Caquetá y el Guaviare no entendía cuando los colonos hablaban de la selva como "la montaña". Lo oí por primera vez recién llegado a Caquetá, en mi primer viaje, en la voz de Nicolás, un campesino de Paraíso del Yarí, un lugar que existía en mi imaginación con un halo recóndito y fariano. Nicolás es hijo de fundadores, de campesinos que bajaron de la cordillera a abrir fincas en los setenta. Él es de la primera generación nacida en los bordes del Parque Chiribiquete, y hablaba de "la montaña", de "limpiar montaña", de "trabajar, porque eso aquí es el trabajo". En mi ignorancia urbana me imaginaba montañas en el Yarí como las de las postales del Chiribiquete. "No güevón, eso se mira plano por allá", me respondió cuando le pregunté. "¿Entonces por qué putas la montaña?". Me explicó que siempre había escuchado decirle así, "será porque mis papás llegaron del interior, donde estaban enseñados a que el monte estaba... pues en las montañas". La palabra para nombrar el activo principal, lo más importante y maravilloso de su territorio, es una palabra

importada desde la cordillera y francamente absurda para describir esta planicie verde interminable.

Una Amazonia de la que los colombianos que bajaron de los Andes no han aprendido a sacar nada distinto a caucho, pieles, marihuana, coca, carne y leche. Sabe más un rolo gomelo de frutas amazónicas por el menú de Wok que el colono promedio. La de ellos es una selva a la que meten pesados bultos de papa cultivada en el páramo, por horas de lancha y trocha, para desayunar caldo de costilla de las benditas vacas a las que les estorba "la montaña", y ahora más fácil que no está el otro estorbo ese de la guerrilla.

Por otro lado, ese mismo alejamiento del mundo amazónico permitió que hoy Colombia tenga uno de los esquemas de protección cultural y ambiental más sofisticados del mundo. De otra manera, sin la indiferencia sobre este territorio inmensamente estratégico, seguramente habría sido imposible que el gobierno colombiano le cediera como resguardos a los indígenas el control y el gobierno de la mitad de la Amazonia colombiana, unas 22.5 millones de hectáreas, cuatro veces el tamaño de Costa Rica, el veinte por ciento del territorio nacional! Sumados a los resguardos, los parques nacionales y las zonas más frágiles de reserva forestal protegen con alguna figura legal el 82 por ciento de la Amazonia.

Esto sucedió a finales de los ochenta, cuando un visionario Virgilio Barco se dejó vencer por el trabajo de los sesenta y pico grupos indígenas que se habían organizado con la ayuda de un puñado de antropólogos como Von Hildebrand, Miguel Lobo-Guerrero y Xochitl Herrera que llevaban años metidos en la selva. Arrancando con Barco se

crearon cerca de 150 resguardos indígenas en la Amazonia, territorios que luego en la Constitución de 91 fueron declarados "inalienables, imprescriptibles e inembargables".

Martin Von Hildebrand, un antropólogo que se mandó sacar preventivamente el apéndice para meterse al monte en los setenta y que luego trabajó con Barco, cuenta en el libro *Guardianes de la Selva* que el 23 de abril de 1988 el presidente cachaco llegó en corbatado y sudando al Putumayo. En el acto de entrega del resguardo más grande del mundo (sí, en Colombia está el resguardo indígena más grande del mundo), Predio Putumayo, seis millones de hectáreas en la zona históricamente más golpeada por las caucheras, Barco les dijo: "Aquí están sus tierras, queridos compatriotas. Sigán amándolas y cuidándolas como hasta ahora, ya que ellas, como siempre, seguirán siendo su mejor albergue porque solo ustedes conocen sus secretos, sus bondades, sus debilidades y hasta sus más sutiles actitudes".

Esta sutileza no es fácil de entender para nosotros. A pesar de su frondosa exuberancia es un lugar hostil. No hay sal, no hay hierro, no hay algodón, la tierra es mala, la biodiversidad se presenta como una multiplicidad de azares, antes que como una abundancia asequible. Piense lo que es vivir sin un cuchillo, ni un trapito, descalzo en un lugar infestado de zancudos, cultivando una yuca venenosa que se come sin sal. Quizá por eso los pueblos amazónicos son tan frágiles al choque cultural. El primer machete para pueblos que por milenios cortaron árboles con hachas de piedra o de maderas debió ser una revelación abrumadora.



Cerros de Mavicure del Guainía, Daniel Pacheco.

De otro lado, ese contacto trajo la muerte del setenta por ciento de su población por enfermedades y esclavitud a partir de la entrada de los blancos en el siglo XVI, y luego con más fuerza en el siglo XIX cuando la Amazonia se volvió la única fuente de caucho para los aliados durante las guerras, a raíz del control de los japoneses de los cultivos de Asia.

Esa fragilidad no solo ha sufrido la fuerza. Escuché el nombre de Sofia Muller de Marcelino, una indígena puinave que dirige el comité de turismo del resguardo Boquerón, al lado de los cerros de Mavicure del Guainía, los que aparecen en la película *El abrazo de la serpiente*. Muller fue una misionera gringa que estudió algunos cursos de ilustración en Nueva York y llegó a Colombia en 1944 con poco más de veinte años y se metió a remo por ríos como Vaupés, Guaviare e Inírida. Tenía el propósito terco de "ir a una tribu indígena que no conociera el Evangelio", como cuenta en su autobiografía *Su voz retumba en la selva*. "No había forma de escapar a este deseo. Esto se constituyó en mi llamado", escribe acerca de la revelación que tuvo en Estados Unidos cuando habló con Dios.

Medio siglo después, "la hermana blanca" había evangelizado a buena parte de las tribus del Vaupés y el Guainía, entre ellos a los curripacos, puinaves, piapocos, cubeos, sikuanis y karoms, donde se fundaron más de doscientas iglesias que hoy persisten. Muller logró en pocos años y con recursos muy limitados que estas tribus, antes solo explotadas económicamente, cambiaran la "brujería", miles de años de cultura, por el cristianismo. Muller no tenía espejitos, medicinas o alcohol. Tenía una pequeña imprenta y una técnica lingüística básica para silabizar las lenguas indígenas, traducirlas al alfabeto romano e imprimir catequismos por primera vez en sus lenguas. La imagen de su lengua escrita fue un el embrujo con el que chamanes y ancianos no pudieron competir. "La lectura, hasta ese entonces, era para los comerciantes y para sus jefes en el trabajo del caucho", cuenta Muller, "¡así pude quedarme y sentirme bienvenida! El alfabetismo ya se había vuelto mi palanca para presentar el Evangelio a estas etnias lejanas y abandonadas".

Que una mujer extranjera haya logrado tal nivel de influencia en la Amazonia colombiana a través del cristianismo, algo para lo que supuestamente sobre las cordilleras también somos expertos, habla, de nuevo, de la manera tan persistente en la que el resto de Colombia ha ignorado a esta región. Un olvido que además de los propósitos de Jesús, sirvió para establecer un esquema de protección legal muy robusto del territorio. Un olvido que hoy pasa por un nuevo momento de posconflicto y que ahora está trabajando en contra de la sostenibilidad de los acuerdos de protección logrados sobre el papel. Un olvido que no será vencido solo por la palabra escrita —que tanto penetró en la cultura amazónica con el Evangelio— de decretos, leyes o políticas públicas. Un olvido que para ser superado tiene que pasar por un cambio en la concepción mental —lo que los amazónicos llamarían conocimiento ancestral— del resto de los colombianos. Para ver más allá de "la montaña" y redescubrir lo afortunados que somos de tener ese lugar dentro de nuestra frontera. ☺

Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

Boston Bar Café
Cra 42 con Cll 54 • Caracas con Córdoba
Atendido por John Jaramillo, su propietario

Bebidas y comidas

Medellín | 11.06.76

por JUAN FERNANDO RAMÍREZ ARANGO



El Espectador, 11 de junio de 1976. Archivo Universidad de Antioquia.

Fuego

El 11 de junio de 1976 una noticia se robaría las portadas de los periódicos de mayor circulación en Colombia: *El Tiempo*: “Destruyen céntrico teatro”. *El Espectador*: “Destruído teatro en Medellín”. *El Colombiano*: “Extremistas incendiaron con bombas el Teatro Odeón”. El hecho ocurriría entre la medianoche del miércoles y la madrugada del jueves, por lo que apenas se reflejaría el viernes en esos titulares. Ocurriría después de la última función del día, la de las 9:15 p. m., en ese caso *Cuentos prohibidos de cinco colegiales*. Una vez finalizada la proyección de esa comedia sexual austriaca, y desalojado el público del Odeón, mientras el celador de turno, Jesús Antonio Posada, de 53 años, hacía el aseo, de repente se percataría de que uno de los cortinajes del teatro se estaba incendiando: “Cuando estaba barriendo vi que de una de las cortinas del ala izquierda salían llamas. Rápidamente tomé un balde de agua y pude controlar la situación”. Sin embargo, veinte minutos más tarde lo estremecería un estallido: “Sentí una explosión y vi que de las cortinas del lado derecho salían nuevas llamas. Traté de apagar el fuego con un extinguidor, pero no pude manejarlo y entonces llamé a los bomberos”. El cuerpo de bomberos registraría la llamada a las 11:50 p. m., por lo que su comandante, el capitán Roberto Urquijo, estimaría la hora cero del incendio a las 11:45 p. m. Cuatro minutos después de la llamada, a las 11:54, arribarían los bomberos al Odeón, inicialmente cinco en un

camión cisterna, pero al ver la magnitud del incendio, que se había multiplicado por la explosión de una nueva bomba, pedirían refuerzos: a las 11:59 p. m. llegarían treinta bomberos más distribuidos en seis camiones cisterna. Al toparse con semejante conflagración, “un verdadero infierno”, el capitán Urquijo traería la siguiente estrategia para sofocar el fuego: los cinco bomberos del primer camión continuarían atacándolo desde adentro, en tanto que el resto lo haría desde afuera, con el propósito de que no se extendiera a través de las propiedades vecinas. Pese a que los cinco bomberos del primer camión lograrían abrirse paso con sus mangueras por la escalera que bifurcaba la sillería del Odeón, el fuego ya había alcanzado la estructura metálica del techo, al propagarse velozmente por las cortinas y las vigas de madera que lo sostenían. Por eso, en cuestión de minutos, este se vendría abajo, atrapando a un par de bomberos en un “bosque de llamas, hierros retorcidos y maderas ardientes”. Se trataba de Horacio Suárez y Javier Jaramillo, quienes, tras salir de allí por sus propios medios, serían trasladados con contusiones y quemaduras leves a Policlínica Municipal. Desmoronado el techo, las llamas alcanzarían mayor altura, llegando a la sala de proyección, donde reducirían a cenizas sus equipos, “los más modernos de Medellín”, y seguirían de largo, hasta consumir parte de la cúpula del restaurante chino. Increíblemente, estas serían controladas a punto de desembocar en un cuarto de ese restaurante

en el que se almacenaban cuatro tanques de gas propano de cien libras cada uno. Situación *hitchockiana* que llevaría al capitán Urquijo a declarar estas palabras para *El Tiempo*: “ Toda una manzana, la comprendida entre las carreras Junín y Palacé, y las calles Caracas y Maracaibo, estuvo en serio riesgo de ser arrasada por el fuego”. Fuego que, finalmente, sería dominado pasadas las cinco de la madrugada del jueves 10 de junio de 1976: “La caída del techo, paradójicamente, facilitó la tarea de la tropa bomberil, que luego de ingentes esfuerzos logró controlar el incendio al filo del amanecer”. Al día siguiente, viernes 11 de junio de 1976, *El Espectador* calificaría ese incendio provocado al Odeón como “el peor acto terrorista cometido en la historia de Medellín”.

Mientras se producían las explosiones de las bombas incendiarias en el Odeón, a escasas cuadras de allí, de la calle 54 con carrera 49, otros dos teatros, el Junín y el Guadalupe, se salvarían de ser incendiados bajo el mismo *modus operandi*. En el Junín, el administrador, en su habitual ronda de inventariado posterior a la última función de la noche, encontraría dos extrañas cajetillas de Marlboro y una de Kent, las de Marlboro en los cortinajes y la de Kent en la sillería, las tres “conteniendo una serie de sustancias que lo alarmaron, por lo que de inmediato se comunicó con las autoridades”. En el Guadalupe, por su parte, como si entre ambos teatros se hubiera programado un macabro juego capicúa, el celador de turno

hallaría todo lo contrario: dos extrañas cajetillas de Kent y una de Marlboro, las dos primeras en los cortinajes y la tercera en la sillería. Las cajetillas contenían un polvo blanco que el celador de turno inicialmente confundiría con cocaína: “Pero minutos después de su hallazgo notó que había una gran agitación en la calle. Se asomó y un gamín le contó que se había incendiado el Odeón como consecuencia de la explosión de unas bombas. En ese momento se le iluminó la razón y comprendió que no era cocaína lo que había encontrado, sino unos explosivos, por lo que dio aviso a la policía”. El F-2 sería el encargado de analizarlos, determinando que el polvo blanco, una mezcla de azufre y de una sustancia sin identificar, era detonado por una ampolla de ácido sulfúrico que tardaba una hora en accionarse. El F-2 también informaría que el martes 8 de junio dos cajetillas de cigarrillos como las anteriores habían sido colocadas en el teatro Sinfonía, explotando solamente una: “No obstante, los daños no ascendieron a mayores y el conato de incendio se controló con prontitud. Fuera de la alarma natural que producen estos hechos, resultaron afectadas apenas seis butacas de la sala”. Más temprano ese mismo martes serían reducidos a cenizas tres buses en distintas zonas de la ciudad, además de ser atacados con petardos el Banco de Londres y el First National City Bank, resultando gravemente herido un vendedor de corbatas que trabajaba a la entrada de la primera entidad financiera. Según las

autoridades, todo hacía parte de las conmemoraciones por el día del estudiante caído: “El comandante de la Policía en Antioquia, coronel Pedro José Cárdenas Sánchez, consultado sobre si los autores de la ola explosiva eran terroristas o estudiantes, respondió: “Los estudiantes utilizan a los terroristas, y los terroristas utilizan a los estudiantes”. Concepto diferente al emitido por el jefe seccional del DAS, el mayor en retiro Carlos Gustavo Monroy Arenas, quien consideró que los autores no son estudiantes, sino verdaderos agitadores profesionales”.

Posdata 1: Lo único que quedaría intacto del Teatro Odeón sería su marquesina luminosa, en la que se anunciaba para las próximas semanas el estreno de *Atrapado sin salida*. *El Colombiano* publicaría una foto de ese anuncio acompañado por este pie de foto: “Parece una ironía. La marquesina da la idea exacta de lo que ocurrió al interior. La sala quedó atrapada entre la voracidad de las llamas”. Las pérdidas se estimarían en cinco millones de pesos, el teatro estaba asegurado por un millón mehos.

Posdata 2: Como si los hechos narrados arriba hubieran sido planeados y ejecutados por Alex DeLarge y su pandilla Los Cudros, toda esa segunda semana (fecha de junio de 1976 el Junín, curiosamente, proyectaría *La naranja mecánica*.

Cocaína

Ese mismo 11 de junio de 1976, una importante noticia pasaría sin pena ni gloria por la prensa colombiana, eclipsada, obviamente, por la destrucción con bombas incendiarias del Teatro Colón de Medellín a manos de un grupo de extremistas no identificado que intentaría hacer lo mismo sin éxito en los teatros Junín, Sinfonía y Guadalupe. La importante noticia que pasaría inadvertida, sería titulada por *El Tiempo*, *El Espectador* y *El Colombiano*, así: “Cae cocaína”, “Caen 39 libras de cocaína” y “Cayó cocaína en Itagüí por 23 millones; 6 detenidos” respectivamente. La operación antinarcóticos que desembocaría en esos titulares, y que sería la más grande hecha en Antioquia ese año, había sido encabezada por el referido mayor en retiro Carlos Gustavo Monroy Arenas, a la sazón jefe del DAS en ese departamento, quien, un mes antes, había recibido la siguiente información: “Desde el sur del país se están introduciendo grandes cantidades de cocaína en Medellín, que luego son despachadas al extranjero”. Información que daría lugar a una operación especial que iniciaría el 28 de mayo: Monroy Arenas enviaría a varios de sus efectivos al departamento de Nariño con el fin de detectar el recibo y el desplazamiento de la cocaína: “El plan permitió establecer que el alcaloide fue entregado en la localidad de Ipiales y su destino era Medellín, donde las tradicionales ‘mulas’ debían entregar el valioso cargamento a los jefes de la organización”.

Entre el recibo, el desplazamiento y la entrega de la cocaína, pasarían doce días, hasta que, el 9 de junio de 1976, a

las 7:30 a. m., en la heladería La Playa, sita en la carrera 51 #84A-22, de Itagüí, serían capturados seis individuos por dos agentes encubiertos del DAS. Se trataba de Marco Alonso Hurtado Jaramillo, natural de Abejorral, de 27 años de edad; Mario Henao Vallejo, de Samaná, Caldas, de 24 años; Hernán de Jesús García Bolívar, de Puerto Berrío, de 37 años; James Maya Espinosa, de Dovio, Valle del Cauca, de 36 años; Gustavo de Jesús Gaviria Rivero, de Pereira, 27 años, y su primo Pablo Emilio Escobar Gaviria, oriundo de Rionegro, también de 27 años, a quien, curiosamente, en la foto de identificación *El Tiempo* le pondría el nombre de su primo y viceversa. Sí, Pablo Emilio Escobar Gaviria, en una de sus pocas fotos conocidas sin su icónico bigote, ya que se lo dejaría crecer a partir de 1978.

A esos seis sospechosos se les rendirían tres vehículos: un Nissan Patrol modelo 74, amarillo y negro, de placas LK 7861, un Renault 6, rojo cereza, de placas LX 0037, y un camión modelo 54 afiliado a Transportes Sierra, de placas TK 0322. Al interior de una llanta de repuesto de este último, distribuidas en dieciocho bolsitas de polietileno, serían encontradas las 39 libras de cocaína, avaluadas en veintitrés millones por *El Colombiano*, y en veinte por *El Tiempo*. Además, también les encontrarían varios cheques de diferentes denominaciones y dinero en efectivo: cinco mil dólares y cincuenta mil pesos colombianos: “Los traficantes capturados, los automotores, el dinero y la cocaína decomisada fueron puestos ayer a disposición de la Cuarta Brigada. Esta guarnición será la encargada de perfeccionar la investigación y de adelantar los procesos que juzgue convenientes, conforme a las disposiciones que regulan este tipo de delito durante el estado de sitio”.

Según el libro *La parábola de Pablo*, cuando el capto en ciernes fue sorprendido por los agentes encubiertos del DAS en la heladería La Playa, este les escupiría una de sus frases mafiosas: “Todo en la vida tiene solución”. Frase que usaba como muletilla antes de ofrecer algún soborno: “Les doy cinco mil dólares como anticipo de una cifra más gorda, y todo queda en orden”. Intento de soborno que sería rechazado y que se le sumaría al delito de tráfico de drogas ilícitas. Caído el estado de sitio, Pablo sería trasladado de la Cuarta Brigada a la Cárcel del Distrito Judicial de Medellín, donde le tomarían aquella famosa foto en la que sale muy sonriente, sonrisa desafiante por encima del número de reseña carcelario 128482. La leyenda urbana dice que, a los pocos días, Pablo se fugaría de esa cárcel, pero, por consejo de doña Hermilda, su madre, volvería como Pedro por su casa horas después sin ser observada su ausencia tras las rejas. Sea como fuere, lo cierto es que Pablo saldría libre con la siguiente estrategia judicial: “Logró, sin que la decisión fuera aprobada por la Corte Suprema de Justicia, no sé sabe con qué artimañas,

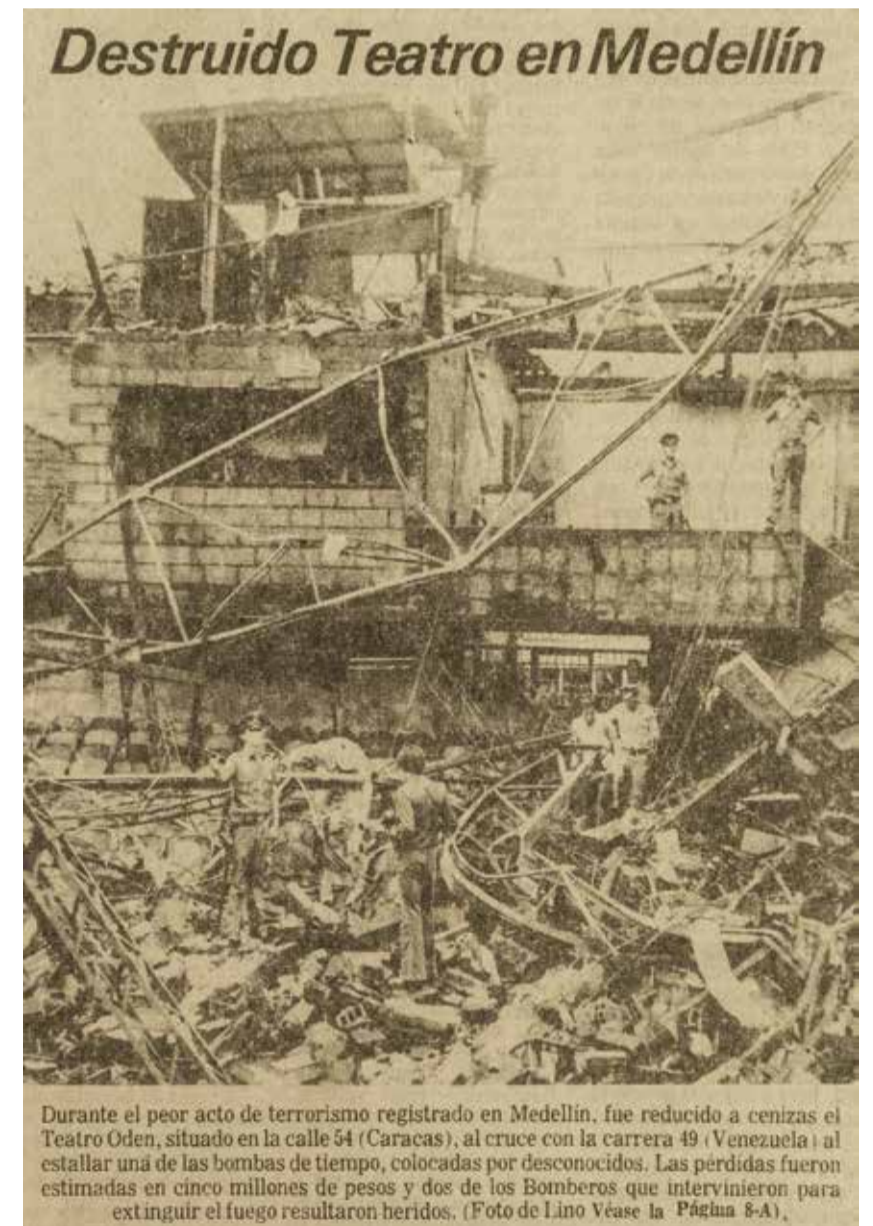
que el proceso pasara a un tribunal de Ipiales, argumentando que la mercancía había sido comprada allí. Pablo contrató como su abogado a un hermano del propio juez, para inhabilitarlo, ya que había rechazado todas las ofertas de soborno. El nuevo juez accedió, a cambio de dinero, a dejarlo libre a los pocos meses”.

Posdata 1: Esa importante noticia que pasó inadvertida, sería revivida seis años después, cuando, el 24 de agosto de 1983, una fuente anónima le avisó al editor judicial de *El Espectador* que, en 1976, ese periódico había publicado una nota vinculando a Pablo Escobar con el tráfico de drogas. Ese mismo 24 de agosto de 1983 se realizaría la famosísima plenaria de la Cámara de Representantes en donde se debatiría el tema de los llamados dineros calientes, dineros del narcotráfico financiando campañas políticas, y en donde se verían por primera y única vez las caras Rodrigo Lara Bonilla, ministro de justicia, y Pablo Escobar, representante a la cámara. Mientras se desarrollaba esa famosísima plenaria, Guillermo Cano, director de *El Espectador*, siguiendo a la fuente de su editor judicial, encontraría la noticia que había pasado inadvertida

durante más de seis años. Dos días después, el 26 de agosto de 1983, *El Espectador* la reproduciría bajo un nuevo titular: “En 1976 Pablo Escobar estuvo preso por drogas”. Nuevo titular que el *capo di tutti capi* taparía con un dedo, al menos en Medellín, al comprar todos los ejemplares de *El Espectador* que se distribuirían en esa ciudad ese último viernes de agosto de 1983.

Posdata 2: Dos meses después, se dictaría la primera orden de captura contra Pablo Escobar por el asesinato de los dos agentes encubiertos del DAS que lo habían pescado aquel 9 de junio de 1976, y por el de Carlos Gustavo Monroy Arenas, a la sazón director del DAS seccional Antioquia. Una semana más tarde, el 26 de octubre de 1983, la Cámara de Representantes le levantaría la inmunidad parlamentaria. Comenzaría, pues, la guerra total.

Posdata 3: En medio de esa guerra total, tres años después de haber producido la noticia que había pasado inadvertida, y diez después de haber publicado originalmente, el 17 de diciembre de 1986, Guillermo Cano sería asesinado por sicarios del cartel de Medellín frente a la sede de *El Espectador*. ☹



El Espectador, 11 de junio de 1976. Archivo Universidad de Antioquia.

CURSOS BARISTA
Y APERTURA TIENDA CAFÉ

Info: whatsapp 316 6681182 - maxicafemedellin@gmail.com

Maxi Café

-
-
-
-
-
-

Piensa
hacia donde
diriges
tu estrategia...

#diseñopaginasweb #solucionesalamedida #apps #marketingdigital



Bajo el Cauca

Y ahí estaba yo, a las once de la noche, empujando la cama del hotel hacia la pared contraria a la ventana, alejándome todo lo posible de ese flanco vulnerable, pero dejando un espacio entre el catre y el muro por aquello de la onda expansiva, para que tuviera salida, pues dicen es la que te despedaza. Y, bueno, si me iban a lanzar una granada esa noche, no quería que me encontraran al otro día hecha pedazos.

Pero me estoy adelantado. A ver, ¿por dónde empiezo a contarles todo este desmadre?

—No, mona, lo siento. Yo le cuento todo lo que usted quiera pero no venga a Cáceres que me la matan.

—¿Así de mal está la cosa?

—Mal es un pipopo. Esto está terrible y están amenazando y matando a todo el mundo.

—¿Pero y si nos reunimos en una casa del casco urbano y hablamos?

—No, monita, usted sabe que yo siempre le cumplo, pero estamos en un momento que a todo el que no sea de aquí lo matan porque creen que es informante y si no la matan a usted, me matan a mí por hablar con usted. De verdad que no, mona, no puedo esta vez.

—¿Y entonces cómo hacemos?

—Hagamos una cosa, ¿usted dónde va a estar?

—En Cauca, voy a llegar allá. ¿Y si nos vemos allá?

—Eso le iba a decir, veámonos allá pero hablamos en un lugar cómodo, donde nadie nos vea, nos encerramos y trabajamos en eso. Pero usted sabe que la ida mía para allá es cara, le toca que me cubra todos esos gastos.

—Hágale.

Un diálogo muy similar sostuvo con varias fuentes en el Bajo Cauca antioqueño hace un par de semanas cuando viajé para visitar los seis municipios de esa subregión. Fui a confirmar una versión: “Otoniel movió sus bases para Montelíbano y el Bajo Cauca”, pero en lugar de encontrar información sobre Dairo de Jesús Usuga, alias Otoniel, máximo jefe de un grupo armado paramilitar, lo que encontré fue lo de

siempre: miedo, muerte, traiciones, intimidaciones y amenazas.

Con Otoniel o sin él, hallé un Bajo Cauca donde se repite la historia de una década atrás, un conflicto que inició en 2008, acabó en 2012 y, en cinco años, dejó 938 cadáveres y 27 475 víctimas de desplazamiento forzado, según cifras de la policía, Registro Único de Víctimas y la Fundación Ideas para la Paz. Una guerra que, igual que ahora, inició con un muerto a orillas del río Cauca.

En febrero de 2006, cuando la Corte Constitucional revisó la Ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005), tumbó el artículo que otorgaba sedición para los paramilitares. Al ser declarados sediciosos, los paras conseguían el carácter político que pretendían dar a sus acciones y esto les permitía la participación electoral, pero la Corte los dejó sin esa posibilidad. Ante el nuevo escenario jurídico, las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) se sintieron traicionadas y, en septiembre de ese año, Vicente Castaño Gil básicamente bramó: “Nos hicieron conejo, ¡a rearmarnos!”.

Daniel Rendón Herrera, alias Don Mario, atendió el llamado y regresó a San Pedro de Urabá, tierra que fue dominada por el Bloque Élder Cárdenas bajo el mando de su hermano, Fredy Rendón Herrera, el Alemán. Y aunque encontró un vacío de poder, Don Mario lo llenó con facilidad aliándose con quienes más conocían la región —porque se criaron allí— y fueron los hombres de confianza de Carlos Castaño en las AUC: Juan de Dios y Dairo de Jesús, los hermanos Úsuga.

Los hombres se rearmaron, fundaron un nuevo grupo llamado Héroes de Castaño y retomaron el control, sobre todo del narcotráfico, de Córdoba y Urabá. Pero la estructura empezó a crecer y, para sostenerse, ingresó al Bajo Cauca antioqueño intentando controlar territorios con cultivos de coca.

Hasta 2006, el Bajo Cauca estuvo dominado por los bloques Mineros y Central Bolívar, bajo el mando de Ramiro “Cuco” Vanoy y Macaco, y en 2007, luego de la desmovilización paramilitar, los herederos siguieron con el negocio. Eso

si, supervisados por los viejos patronos: desde la detención, Cuco Vanoy y Macaco dieron vida a Los Rastrojos, Don Berna a Los Paisas y ambos grupos se instalaron en el Bajo Cauca. Si allí querían tierras, los Héroes de Castaño, a quienes ya todo el mundo llamaba Urabeños, iban a tener que negociar.

—Ay, miya, es que esto se está repitiendo, le juro que es como una película que ya vimos. Esto es como cuando se empezó a matar la gente de Cuco con los Urabeños.

—¿Así de terrible?

—Pues si le digo, está peor. Al menos antes uno sabía quiénes eran los jefes y sabía con quién hablar, pero ahora hay mucho pelaito creyéndose malo. De todas formas esta violencia no se veía como desde 2009, 2010, que nos llenaron las calles de sangre. Es que acá es muy duro, las traiciones entre ellos las terminamos pagando nosotros.

La cosa, *grosso modo*, fue así: a finales de 2007, los Urabeños intentaron negociar tierras en el Bajo Cauca pero, el 14 de febrero de 2008, un grupo de hombres armados ingresó a una vivienda en zona rural de Cáceres y raptó a un hombre. El sujeto fue trasladado a Piamonte, corregimiento de ese municipio, y el 20 de febrero lo asesinaron. Los asesinos arrojaron el cadáver al río Cauca y en una ribera de Cauca, unos pescadores lo encontraron. El muerto fue identificado, era Lázaro Rendón Herrera, el hermano de Don Mario y el Alemán.

¿Qué hizo Don Mario? Culpar a Cuco Vanoy y hacer lo que siempre hacen los narcos: cobrar venganza y recargada. La noche del 20 de julio, un grupo de sus hombres se desplazó hacia la finca Naranjillos, ubicada en la vereda Santa Clara de Tarazá, y allí asesinaron a un hombre y a su esposa. Los muertos fueron José Nelson Vanoy Murillo y Yesenia Uribe, el hermano y la cuñada del jefe para, pero el recargo se lo cobraron tres meses después, el 19 de octubre de 2008, día en que asesinaron a Vladimir Vanoy, el hijo de Cuco Vanoy.

por ANDREA ALDANA

Fotografías por la autora

Según las autoridades, ninguno de los familiares asesinados tuvo que ver en el conflicto, fue la *vendetta* que sumada a la extradición de los jefes paras, desató una guerra en el Bajo Cauca que terminó pagando la población civil. ¿Los protagonistas? Urabeños, que en 2008 empezaron a firmar como Autodefensas Gaitanistas de Colombia (AGC), Rastrojos y Paisas. ¿El saldo? 5114 personas desplazadas por la violencia en 2008, 7477 en 2009, 7887 en 2010 y 5892 en 2011. Los homicidios no fueron cosa menor: 208 en 2008, 265 en 2009, 225 en 2010 y 136 en 2011.

Cinco años después, los ilegales pactaron el fin del enfrentamiento que incluyó la salida de Rastrojos de la región. El Bajo Cauca quedó bajo el control de las AGC a las que se sumaron Los Paisas. En consecuencia, los homicidios bajaron a 104 en 2012 y el desplazamiento forzado redujo sus víctimas a 3851. Cifras que seguían altas pero empezaron a marcar un descenso. Hasta 2017, claro, cuando ocurrió la nueva traición: un nuevo muerto en el ya viejo matadero de Piamonte, que otra vez yacía en la ribera del río Cauca.

—Sinceramente, uno no entiende por qué la policía o el ejército no hacen nada. Todo el mundo sabe que ellos tienen su base de poder en Piamonte, que allá tienen las armas, la gente, los laboratorios. Todos sabemos que el que entra a Piamonte no sale vivo, sale picado en una bolsa.

—¿Desde cuándo tienen base en Piamonte?

—¡Desde siempre! Eso fue obra de Cuco y de Macaco, allá descuartizaban a la gente y luego la tiraban al río o, si no, la tiraban a los hornos.

—¿Los hornos? ¿Cuáles hornos?

—Macaco tenía unos hornos en Piamonte en los que quemaban a la gente y la desaparecían.

—Pero eso no se ha dicho en ninguna parte.

—No, porque allá nunca han entrado las autoridades y porque los paras nunca se fueron de aquí.

La fuente, que ya era la tercera que me pedía encerrarnos en una habitación para poder brindar su declaración en “condiciones seguras”, también era la segunda que me mencionaba esos hornos en Piamonte, e incluso agregaba que “por estos días” los habían reactivado. Aún me resulta difícil creer esta declaración ya que en ninguna versión libre de los paras ni sentencia de Justicia y Paz se mencionan estos hornos, pero, para ser consecuente con los hechos, tampoco se menciona en ningún lado qué ocurrió en Piamonte, pese a que fue la mayor base paramilitar de Macaco y sigue siendo el sitio más temido de la subregión.

En cuanto a la otra denuncia, las fuentes tenían razón: la fuerza pública no hacía control sobre Piamonte y, por el contrario, parecía permitirle a los ilegales que consolidaran o reacomodaran el poder desde ese lugar. Casi todas las guerras por el control de Bajo Cauca iniciaron en ese corregimiento, allí también comenzó el enfrentamiento que nos tenía pagando escondedero a setenta mil pesos a mis entrevistados y a mí.

La tensión comenzó a finales de 2016, pero fue en 2017 que todo reventó. El 5 de enero de ese año las autoridades confirmaron una incursión armada en Piamonte en la que asesinaron a cuatro hombres. A tres de las víctimas las arrojaron al río Cauca, a la cuarta la dejaron en la ribera junto a las vainillas de las balsas que perforaron su rostro. El muerto era Héctor Osorio Gaitán, alias Danilo Chiquito, desmovilizado de las AUC que ahora hacía parte del Frente Virgilio Peralta de las AGC, hombre de confianza de Cuco y de Macaco que hacía seis meses estaba libre luego de pasar cuatro años en la penitenciaría de Jamundí.

El acto fue interpretado como una traición ya que a Piamonte solo ingresaban hombres de las AGC, y fue entonces que el Frente Virgilio Peralta se hizo disidente y desató una guerra por el control del Bajo Cauca. Durante 2017 la población sufrió el coletazo del enfrentamiento, pero fue en 2018 que la guerra involucró a la población civil. La primera alerta se generó luego de tres desplazamientos masivos entre enero y febrero de 2018: 822 personas de la zona rural de Cáceres tuvieron que abandonar el territorio por los combates. Caparrapos, que es como los lugareños llaman al Frente Virgilio Peralta, se coronó victorioso y declaró que el municipio ahora estaba bajo su control.

Luego vino su expansión. Como en los viejos tiempos de las AUC, el 14 de abril de 2018, un grupo de quince hombres armados ingresó a la vereda San Acevedo en Zaragoza y asesinó a los tenderos del caserío y a un hombre de treinta años por “prestar servicios a las AGC”. Con parsimonia y como si estuvieran de paseo con la muerte, los Caparrapos asesinaron al primer tendero luego de pedirle una caja de gaseosas. Cuando el hombre regresaba con el pedido, lo obligaron a tenderse en el suelo y lo fusilaron. Después continuaron la ruta macabra hacia la segunda tienda de la vereda: aplicando la misma fórmula, le solicitaron a la mujer que atendía una caja de gaseosas y cuando esta regresaba, le dispararon a la cara. La última estación la hicieron en la casa de un hombre a quien obligaron a salir y cuando lo hicieron regresar a la vivienda le dispararon por la espalda.

La masacre hizo que 83 personas se desplazaran de la vereda como quedó registrado en la Alerta Temprana número 003-191, que la Defensoría emitió el 9 de enero de 2019, y a estas personas se sumaron 110 más que salieron huyendo de San Acevedo y de Vijagual Medio porque, el 15 de junio, el mismo grupo



asesinó a un hombre de 82 años considerado fundador del sector. Caparrapos venía con toda.

El desmadre continuó y el segundo semestre de 2018 se trasladó a Tarazá. Caparrapos controlaba Cáceres y conservaba su base de operaciones en Piamonte, pero ahora quería el control de La Caucana. El enfrentamiento armado con las AGC por el control de este corregimiento hizo que, a septiembre de 2018, Tarazá registrara más de 3440 desplazados. Las AGC conservaron el control de El Doce y Barro Blanco pero era evidente que perdían territorio. Las hipótesis más sólidas apuntaron a que Caparrapos ganaba fuerza porque recibía el apoyo de, uno, el cartel mexicano Jalisco Nueva Generación; y, dos, de la policía. AGC, en cambio, recibía solo golpes en sus estructuras.

—Doctora, lo siento pero no le voy a poder ir.

—¿Cuál doctora, ome, ¿y qué pasó? ¿Por qué no puedes venir?

—Primero porque esto está muy maluco y segundo, porque me tocaría regresar casi que por la noche y es peor.

—Bueno, ¿y si yo me voy mañana por la mañana pal Bagre, me puedes recibir?

—Claro, doctora, pero usted sabe que el palo no está pa cuchara. El Bagre ahorita es la peor zona así que nos toca escondernos en algún lado para hablar. Pero véngase que ahí miramos dónde, yo me comprometo a conseguirle otro líder para que hable con usted. Pero me avisa antes de salir de Cauca para ir monitoreándola, ¡no se vaya a venir sin avisar que luego le hacen algo y nadie sabe dónde estaba usted!



Después de dos años yendo al Bajo Cauca antioqueño cada tres o cuatro meses, era la primera vez que estaba realmente asustada. Las pocas veces que salí para comer algo en Cauca, sentí que la gente me miraba como “la informante” y que en cualquier momento me iba a llegar el reclamo de los de la moto. Y esa mañana que partí para El Bagre, pasé dos horas y media sudando frío rogando porque en la carretera no hubiera ningún retén.

El miedo se debía a los tres días que llevaba de encierro escuchando sobre muertes, desapariciones, cadáveres flotando en el río Cauca, ataques con granada, amenazas y otros métodos terroristas de control social. También, claro, me asustaba el hecho de que en el puente de entrada del municipio al que me dirigía, apenas cuatro meses atrás y en pleno mediodía, habían dejado una cabeza humana, un mensaje que advertía que El Bagre era el nuevo epicentro de la confrontación.

Estando ya bastante débiles en el Bajo Cauca, las Autodefensas Gaitanistas de Colombia recibieron otro golpe. El municipio de El Bagre estaba bajo el control militar de su Frente Francisco Morales Peñate pero entre julio y agosto de 2018, uno de sus integrantes, Claudio Alonso Maturana Hurtado, alias Cristian, se quedó con un dinero y un armamento que pertenecía a las AGC. En el territorio dicen que eso fue una excusa, pues Cristian, el mando más reconocido, como Caparrapos y cerró 2018 advirtiendo sangre para todo “colaborador” de las AGC. El Bagre quedó sumido en terror y sin tener dónde denunciar: la policía paseaba la mala fama de ser auxiliar de Cristian.

En agosto se supo de este conflicto dentro del Frente Francisco Morales Peñate y en septiembre circuló un panfleto

firmado por un “Héroes del Central Bolívar Bajo Cauca”, en el que se exigía a los colaboradores de las AGC que “se abrieran” de El Bagre porque no querían “derramar sangre de inocentes”. Pero la sangre se derramó: después de tres homicidios en julio y ninguno en agosto, el municipio registró seis homicidios en septiembre, once en octubre, dos en noviembre y en diciembre doce más. Los últimos cuatro meses del año acumularon 31 homicidios de los 46 que se registraron en todo 2018. Claramente alguien reclamaba el territorio.

En diciembre la disidencia dentro del Frente Francisco Morales Peñate se hizo oficial: el 26 circuló un panfleto que advertía: “CAPARRAPOS PRESENTES EN EL BAGRE LLEGO LA HORA DE LA LIMPIEZA SOCIAL [sic]”. Y escribiendo en primera persona y amenazando a “colaboradores” de las AGC, Cristian, sentenció: “Este pueblo ha sido mio por más de cinco años y nadie me lo va a quitar muérase quien se tenga que morir y la guerra apenas empieza”.

El panfleto también dejó claro que la granada que arrojaron a una discoteca la noche del 24 de diciembre y que dejó veinticinco heridos, era autoría de Cristian. Pero el mensaje rotundo llegó el 27 de diciembre: en pleno mediodía, dos motorizados dejaron una bolsa sobre el puente que da acceso a El Bagre y del paquete rodó una cabeza humana. La macabra “gente de Cristian” ahora firmaba como Caparrapos y cerró 2018 advirtiendo sangre para todo “colaborador” de las AGC. El Bagre quedó sumido en terror y sin tener dónde denunciar: la policía paseaba la mala fama de ser auxiliar de Cristian.



las AGC amenazaron con retomar “a sangre y fuego”. La más reciente Alerta Temprana para el Bajo Cauca (número 020-19) advirtió el aumento de fuerza de las AGC y cómo han venido arrinconando a los Caparrapos. El documento indica que su “capacidad armada” sería “superior en número de efectivos tanto sobre la fuerza pública” como sobre la “respuesta militar de los Caparrapos” en el corregimiento. Lo peor, empezaron a cumplir la amenaza.

El 11 de abril de 2019, las AGC incursionaron en La Cauca: hubo balacera en las calles, lanzaron granadas sobre las viviendas, detonaron petardos en el casco urbano y hasta la estación de policía fue atacada. Toda una toma militar. Tres días después, amenazaron a los pobladores de la zona rural del corregimiento y para el 15 de abril, 103 personas ya se habían desplazado del territorio huyendo de la violencia.

La réplica de Caparrapos no demoró: el 16 de mayo de 2019, varios motorizados ingresaron al corregimiento de El Doce en Tarazá —controlado por AGC— e hicieron ruta criminal: iniciaron disparando contra un local de mecánica en el que hirieron a dos hombres, luego dispararon contra la casa de Diana Gutiérrez —familiar de un líder de Ríos Vivos— y la asesinaron, después lanzaron una granada hacia una cantina del corregimiento hiriendo a cinco personas más y terminaron la ruta disparando indiscriminadamente contra casas y locales antes de abandonar el corregimiento camino a la cabecera municipal.

Los ataques de las AGC a La Cauca y de Caparrapos a El Doce hicieron que todo Tarazá cerrara el comercio desde el 17 al 22 de mayo. Los campesinos afirmaron que el cierre de casas y establecimientos no obedecía a un tema de extorsiones, como registraron algunos medios, sino al miedo a perder la vida. La población continúa sin denunciar porque desconfía de las autoridades, asegura que trabajan para los ilegales. Y la institucionalidad les da la razón: el 5 de junio fue capturado el comandante de policía de Cauca y el 11 del mismo mes fue removido todo el personal policial de El Bagre por presuntos vínculos con el narcotráfico y corrupción. Los alcaldes lloran, los pueblos parecen fantasmas, los locales están quebrando y los muertos siguen bajando por los ríos Cauca y Nechí.

Y a las once pasadas estaba yo empujando la cama hacia la pared contraria a la ventana. ¿La razón? Llevaba tres días escondida en un cuarto de hotel recojiendo los testimonios de líderes campesinos amenazados. Esa mañana había regresado de mi viaje a El Bagre en donde, oculto tras un matorral y sin que nos diéramos cuenta, un joven comunicó por radio toda la conversación que sostuve con una fuente y, en la noche, antes de quedarme dormida, agarraron a pedradas el ventanal de mi habitación.

Fue entonces que empecé a correr la cama y hoy, en retrospectiva, me veo haciendo el ridículo, pero en mi defensa debo decir dos cosas: uno, en el Bajo Cauca lanzan granadas sobre la gente como lanzando arroz sobre pareja recién casada; dos, me había infectado del pánico que ya es pandemia en la subregión.

A la mañana siguiente me fui y todo el camino de regreso pensé en cuánta gente sabe y a cuánta gente le importa el fuego que hay en el Bajo Cauca. Pero 1815 desplazados y 148 homicidios al 31 de mayo de este año, en una tierra que recicla guerras, indican que por la seguridad en esa zona no hay mucho interés. La subregión está en la agenda permanente de nadie y la noticia que se reitera tiene que ver con los derrumbes que cada tanto cierran la troncal a la Costa Atlántica. A eso se reduce, piedra y lodo sobre el pavimento. ©

—Sí, es verdad.
—¿Pero cómo confirmar eso?
—Uno, porque a mí me citaron precisamente las AGC para decirme que esto se iba a putiar porque venía el Viejo, entonces que mejor me abriera un rato para que no fuera a terminar muerto por error.
—¿Y dos?
—Porque cuando el defensor, ese señor Carlos Negret, vino hasta acá, él mismo nos dijo que unos hombres de Otoniel venían bajando de Córdoba y de Urabá y que estuviéramos pilas porque iban a entrar por el río Cauca y por el Nechí.

—Bueno, pero la presencia de Otoniel confirmada, confirmada no está, lo único confirmado es que sus hombres se están fortaleciendo.

—Pues, vea mona, a mí sí me dijeron los mismos otonieludos que el hombre movió bases a Montelíbano y al Bajo Cauca.

Con pequeñas variaciones, todas las fuentes en el territorio me confirmaban que Dairo de Jesús Úsuga, Otoniel, el jefe máximo de las AGC, había trasladado temporalmente su base de operaciones desde San Pedro de Urabá hasta las regiones de Córdoba y Bajo Cauca. ¿La razón? La evidente pérdida de capacidad de mando sobre sus propias gentes.

Viendo el golpe que ocasionó la nueva disidencia dentro del Frente Francisco Morales Peñate, al parecer, Otoniel vio necesario moverse y mover buena parte de sus hombres a los territorios donde estaba perdiendo cohesión. La versión

inicial me sonó a rumor, pero todo cobró relevancia cuando leí la Alerta Temprana número 020-19 de la Defensoría, del 17 de abril de 2019, en donde dice: “Desde la última semana de febrero del presente año, se difundió un rumor entre la población civil sobre el interés de las AGC de recuperar los territorios perdidos desde 2018, en el marco de sus disputas con los Caparrapos en el Bajo Cauca. Para tal efecto, se presume que, durante el mes de marzo, las AGC habrían movido efectivos desde el departamento del Chocó y la región del Urabá, con el fin de reforzar a los frentes”.

La versión parecía cierta, aunque mis fuentes aseguraban que los hombres de Otoniel habrían ingresado desde septiembre de 2018 cuando surgió la nueva disidencia y que a finales de octubre fue que el Viejo se trasladó al sur de Córdoba. Al parecer, el hombre habría hecho tránsito desde San Pedro de Urabá hasta Tierralta, municipios limítrofes, y desde allí habría avanzado hasta Montelíbano, donde dicen estableció temporalmente su base operacional.

¿Por qué Montelíbano? Uno, desde allí descienden y controlan Puerto Libertador y San José de Uré. Dos, Montelíbano es un municipio con forma de arco que por un extremo conecta con Cáceres, queda cerca a Cauca y por allí se abre paso a la serranía de San Lucas y por el otro extremo conecta con Ituango y se abre paso por el nudo de Paramillo; vastos territorios con explotación ilegal maderera y minera y con cultivos de coca. Las AGC quieren controlar estas

economías y de ahí su guerra con las “disidencias” de las Farc en el Norte de Antioquia y con los Caparrapos en el Bajo Cauca, de ahí también el traslado de sus hombres y de su base de operación.

La primera muestra de retoma del poder ocurrió a las tres de la mañana del 15 de septiembre de 2018, las AGC ingresaron a Cuturú, corregimiento de Cauca y cercano a la cabecera de El Bagre, y lo atacaron: lanzaron una granada sobre una vivienda, quemaron otras y mantuvieron la agresión hasta el 16, día en el que destruyeron diecisiete viviendas más. Pero los Caparrapos alcanzaron a huir y la población civil fue la víctima del ataque.

Decididos a recuperar Cuturú, el 11 de noviembre hicieron otra incursión. Según la Alerta Temprana número 003-191, en esa ocasión, el sector no disidente del “Frente Francisco Morales Peñate, acatando posibles directrices del comando central de las AGC, retuvo por un par de horas a cerca de cuarenta personas de la comunidad, a las cuales intimidó, estigmatizó de ser colaboradores del enemigo, e incluso estuvo a punto de asesinar [...] Antes de retirarse del puerto, asesinaron a una persona de la población civil”. Sin embargo, en El Bagre dicen que no fue un muerto sino tres y que agruparon a toda la población y la obligaron a ver el asesinato. Las AGC estaban repitiendo en 2018 los peores días de las AUC en 1998.

La historia se está repitiendo en La Cauca, corregimiento de Tarazá, que



Cantinflas La vuelta al mundo en 80 trajes

Una exposición fotográfica de Juan Fernando Ospina
25 de julio - Bar El Guanábano



Ven a nuestras Almas

Carrera 43 # 47-64 Local 133
Torres de Marco Fidel Suarez
Tel: 2179452
Cel. 3137457620



Orjaenes
Restaurant • Bar
Tradiciones gastronómicas

LUNES A JUEVES
12:00 m a 9:00 pm

VIERNES Y SÁBADO
12:00 m a 10:00 pm

Torres de Bomboná
Cra 43# 47-64 L. 131



raya

Red de Ayuda a los Animales

317 6490682
info@corporacionraya.org

NUESTROS SERVICIOS

- Esterilización
- Exámenes de sangre
- Microchip
- Desparasitación
- Vacunación
- Limpieza dental
- Pruebas de sida y leucemia
- Asesorías en convivencia responsable
- Juguetes y accesorios

www.corporacionraya.org

MÚSICA EN VIVO
VIERNES Y SÁBADO

~ ~ ~
MARTES DEL VINO



RAPSODIA

LUNES A DOMINGO
4 P.M. A 2 A.M.
CRA 43 #47-46 L. 127
TORRES DE BOMBONÁ



Preguntas serias

Se preguntaba la revista *La Nueva Prensa*, en abril de 1961, si bailar era pecado. O bueno, lo hacía por interpuesta persona — como dicen los abogados — al poner a la señora Margarita A. de Villamil, de Bucaramanga, a firmar como autora de la duda. Porque, juzgando por la redacción de la correspondencia — tan barroca como la de un abogado —, la tal doña más parecía ser uno de los redactores de planta haciéndose pasar por lectora y usando el viejo truco de las cartas al editor para rellenar páginas. En cualquier caso, se preguntaba la revista, o el redactor, o la señora Margarita, si era posible ser al mismo tiempo buena católica y acérrima bailarina. Y pedía, además, la opinión de los sacerdotes católicos al respecto. La almendra de su duda era esta: “Deseo saber si, desde el punto de vista religioso y aun el de la simple moral social, son lícitos estos bailes centroamericanos o negros, de tan desvergonzada sensualidad”. A renglón seguido la revista contestaba esta seria y espiritual cuestión: faltaba más, para eso se creó la sección de los lectores, llamada pomposamente Colombia Pregunta. La respuesta la ofrece un experto — de nuevo, al parecer, el mismo redactor que se hizo pasar por Margarita — que cita tres tipos de baile: los de contacto limitado “y por lo mismo inocuos”; los de contacto estrecho, que acercaban al pecado; y los de “*contacto intervallato*, que son, sin ningún atenuante, reprobables”. Y para finalizar ilustra con fotos los pasos de los ritmos; algunos muy acrobáticos, aunque inofensivos todos al ser analizados a la media luz, entre rojiza y azul, del perreo intenso.



Colombia pregunta

¿ES PECADO BAILAR?

Los lectores pueden, a través de esta sección, interrogar sobre cualquier argumento a las personalidades y los especialistas de Colombia, tratase de cuestiones literarias, científicas, técnicas, políticas, o simplemente de interés general. Se ruega no plantear casos legales, tributarios o sanitarios estrictamente personales. Quienes nos escriban deben indicar nombre y dirección. La correspondencia se dirigirá a “Colombia pregunta”, LA NUEVA PRENSA, Bogotá. Las respuestas se publican 15 días después.

P. Soy una católica practicante. Mi hija, de quince años, también lo es. Pero tenemos frecuentes discusiones a propósito de estos bailes que se han puesto de moda ahora, y que a mi me parecen indecentes. Tal vez sea porque mi juventud terminó hacia 1940, y en mi ambiente todavía no se padecía esta epidemia... Deseo saber si, desde el punto de vista religioso y aun el de la simple moral social, son lícitos estos bailes centroamericanos o negros, de tan desvergonzada sensualidad. ¿Se puede ser, a un tiempo, buena católica y acérrima bailarina? ¿Cómo juzga la Iglesia un fenómeno que, en los quince años posteriores a la guerra, asumió proporciones inquietantes en las ciudades y en los centros pequeños, en los locales públicos y en la misma intimidad familiar? ¿Hay para este caso principios rígidos y normas indestructibles, o bien se reacciona según las naciones, y a veces las regiones de un mismo país, haciendo una valoración discrecional más o menos elástica, aun que siempre limitando con la ortodoxia más estrecha? ¿Qué opinan sobre esto los sacerdotes colombianos?

Margarita A. de Villamil
Bucaramanga

R. El año pasado, en una revista parroquial italiana, “Vita pastorale”, un sacerdote dominicano prendió la mecha a la polémica sobre el baile. Muchos de sus colegas respondieron escandalizados y algunos compartieron su juicio.

Los Bailes inocuos, los peligrosos, los reprobables

“Que dijo el autor del artículo de “Vida Pastoral”? Se limitó a hacer una clasificación de los bailes hoy más en voga, enumerándolos según el criterio de lo lícito y lo ilícito. Hay tres clases de danzas, escribió:

Los bailes modernos: “quién tiene la culpa?” los bailes de “contacto limitado”, y por lo mismo, inocuos; los de “contacto estrecho”, que constituyen una ocasión próxima al pecado;



Colección revista *La Nueva Prensa*. Hemeroteca patrimonial Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

PIZZERIA CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: 254 45 10

MEDELLÍN - COLOMBIA
Café VALLEJO
DESDE 2011
WWW.CAFEVALLEJO.CO

Avenida Jardín
(cerca a la gloria virtual)
Teléfono: 4116517

Sector Tarapacá
(San Juan con Av. Nutibara)
Teléfono: 2202843

Karoty
PARAFERNALIA
PARA FUMADORES

En el Centro comercial Medellín, contiguo a la Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: 311 634 21 85

Nuestra comida es un acto de amor y sanación. Es un momento de conexión con el otro, por medio del cual tenemos la posibilidad de recordar que la vida, con toda su magia y creatividad es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101

Restaurante **EL ARBOL DE LA VIDA**
Comida Natural

Teléfono: 2302522

COCINA TRADICIONAL, SALUDABLE Y CONSCIENTE

El Túnel
BISTRÓ

Carrera 42 # 54-62
Medellín, Colombia
Tel: (+574) 479 87 45

@eltunelbistro
eltunelbistro@gmail.com
www.eltunelbistro.com.co

Nos tomamos en serio decir la verdad

MAVU 02
Bienes raíces • Consultoría jurídica • Miembros de La Lonja de propiedad raíz

@actibienes | tel. (034) 250 30 11 | info@actibienes.com | Circular 74 #39-01 | www.actibienes.com

raza
café

Exposiciones permanentes de arte, recitales de poesía y tertulias varias.

Lunes a sábado: 8 am – 10 pm
Domingos y festivos: 4 pm – 8 pm

Calle 47 carrera 42 – 90
Local 124
Torres de Bomboná

CENTRO COMERCIAL OVIEDO
Local 1383
Tel: 5578229

LUNES A SÁBADO
de 9 a.m. a 9 p.m.

DOMINGO
de 10 a.m. a 8 p.m.

SOLO LO MEJOR

- Libros • Postres
- Almuerzos • Café
- Compañía

Somos un restaurante de comida rápida VEGETARIANA para comer deeeespacitoooo

Plato del día / Wraps
Ensaladas / Hamburguesas
Bebidas / ¡Y mucho más!

vital cook

Abrimos los domingos

Calle 53 # 42-17
Medellín
(574) 4483516

ORANGE
G.E.
Bar Restaurante

40 años de buena música y buena cocina artesanal / Tel: 3005059221
Barrio Carlos E. Restrepo



11^a PARADA JUVENIL DE LA LECTURA

EXPEDICIONES

Julio 6 al 7
UVA Huellas de Vida - San Javier
 2:00 p. m. a 6:00 a. m.
 16 horas continuas de programación
Entrada libre

CÓDIGO PULEP TIS223




cinéfagos.net
 cine colombiano, crítica de cine, comics, artes electrónicas,
 artículos y ensayos, cuentos de cine, documentos

 /cinefagos.net  @cinefagosnet

  
 @FiestaLibro
 #CulturaCiudadana
 www.fiestadellibroylacultura.com

EN ASOCIO CON

 **BIBLIOTECA PÚBLICA PILOTO**

 **Alcaldía de Medellín**
Cuenta con vos

¿Qué tal si llenamos un balde con agua?

Atracciones acuáticas

Parque Comfama Rionegro

www.comfama.com/parques

comfama